862.8
T2553a
V.38
NO.4

La Esclava de su Galán

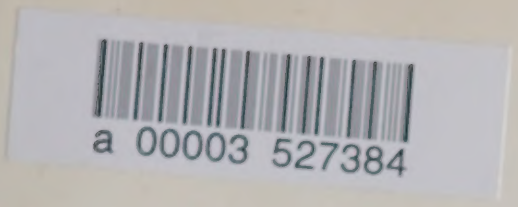
Vega Carpio

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~863.8~~
~~T255Sa~~
~~v.38~~
~~no.4~~


a 00003 527384

This book must not be taken from the Library building.

COMEDIA FAMOSA.

LA ESCLAVA DE SU GALAN.

DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Juan, Galàn.
Leonardo, Galàn.
Ricardo, Galàn.
Don Fernando, Barba.
Elena, Dama.
Serafina, Dama.
Finèa, Eſclava.
Inès, Criada.
Pedro, Gorron.
Alberto.
Florencio.
Un Notario.
Antonio, Criado.
Fabio, Criado.
Criados.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Juan de Eſtudiante, Galàn, y Elena, Dama.

Elena. ESto ſe acabò, Don Juan.
Juan. No es eſſe lenguage tuyo,
y de eſſe termino arguyò,
que mal conſejo te dàn.
Elena. Eſſo de arguir es bueno
para Eſcuelas. *Juan.* Novedad;
Elena; tu voluntad,
ſin argumentos, condeno.
Elena. Supongo que la he tenido.
Juan. Què mala ſuposicion!
Elena. Pues yo, Don Juan, què leccion,
ò facultad he leido?
Juan. Aguardo la conſecuencia.
Elena. Habla como para mì.
Juan. Què puedo hablar para tì
con tan canſada licencia?
Elena. Quieres que la tome yo,
y te diga lo que ſiento?
Juan. Proſigue, que eſtoy atento.
Elena. Pues has de enojarte?
Juan. No.
Elen. Yo ſoy hija, D. Juan, de un hõbre Inhidalgo Montañès, muy bien nacido:
diòme ſu luz el Cielo Mexicano,
que fue para nacer mi patrio nido;
mas la fortuna reſiſtida en vano,
por ſuceſſos, que ya los cubre olvido,
le traxo à Eſpaña con alguna hacienda,
ò perſuadido de ſu amada prenda.
Divideſe Sevilla, como ſabes,
por eſte iluſtre, y caudaloſo Rio,
ſenda de plata, por quien tantas naves
le reconocen feudo, y ſeñorìo.
Tiene una puente de maderos graves,
ſin pies que toquen à ſu centro frio,
mano, que las dos partes divididas
por una, y otra orilla tiene aſidas.
Hizo eleccion mi padre de Triana,
Patria de algun Emperador Romano,
para vivir; la cauſa fue una hermana,
ò por no ſe meter à Ciudadano.
Finalmente pagò la deuda humana,
con ſu muger, el venerable anciano,
dexandome, ni rica, ni tan pobre,
que èl ſuſtento me falte, ni me ſobre.
Aquì he vivido con tan gran recato,
que ſe puede eſcribir por maravilla,
pues que de Triana, verdad trato,

paſsè dos veces ſolas à Sevilla.
Pienſo que aſsi mi condicion retrato,
pues haviendo de aqueſta à aquella orilla
paſſo tan breve à dividir ſus olas,
à Sevilla paſsè dos veces ſolas.
Una, con gran razon, à vèr la cara
del Sol de Eſpaña, q̃ nos guarde el Cielo,
porque eſtando en Sevilla, ſe agraviàra
ſi no la viera la lealtad, y el zelo.
Otra, por vèr la maquina tan rara
del Monumento, à la mayor del ſuelo;
de ſuerte, que fui à vèr quanto ſe encierra
de Grandeza en el Cielo, y en la Tierra.
Mas como ſiempre en los mayores dias
las deſventuras ſuelen ſer mayores,
tù, que tan libre, como yo, vivias,
viſte en mì la ocaſion de tus errores.
Seguiſteme à Triana, y las porfias
de tus paſſeos, eſcribiendo amores,
aunque raſguè con juſto enojo algunos,
moſtraron lo que vencen importunos.
Yo te eſcribì, para decirlo en breve,
y yo tambien te amè, porque entendia,
que el caſamiento, que al honor ſe debe,
tu amor el penſamiento dirigia.
Con eſto el necio mio, ya ſe atreve
à darte entrada como à prenda mia:
entras con libertad, y en eſte medio
hallo, que es impoſsible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
la Prevenda Eccleſiaſtica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados
no ſe extienden à mas de que te ordenes.
Si tù penſaſte, que ſin ſer caſados,
porque à Triana de Sevilla vienes,
tengo yo de perder el honor mio,
mal conſejo te diò tu deſvarìo.
Ayer lo ſupe, y eſſe miſmo dia
vino mi tio de Xerèz, que eſtimo
por padre, el qual diſpenſacion traìa
para caſarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud ſabìa,
à darle el sì con lagrimas me anìmo,
y oy parte por ſu hijo, y por mi eſpoſo,
porque dentro de un mes ſerà forzoſo.
Qual hombre noble huviera entretenido
una muger de prendas con engaños,
haviẽdo de ordenarſe, aunque oy han ſido
claros de tu maldad los deſengaños?
Penſaſte tù burlar mi honor vencido?
pues ſi gaſtàras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras,
ſi Uliſes fueras, ſi Narciſo fueras.
Yo eſtoy, D. Juan, reſuelta, y es mas juſto,
como eſtado tan alto, que te ordenes,
porque es razon, y de tu padre guſto,
de renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunq̃ fue injuſto,
que un pecho de traiciones ofendido,
bolando paſſa deſde amor à olvido.

Juan. Elena, à tantas verdades,
què reſpueſta darte puedo,
porque todas las concedo
ſin poner dificultades?
Mas por què te perſuades
que mi verdad te engañò?
pues quando te quiſe yo,
ni la Prevenda tenia,
ni mas que amarte ſabìa,
que es lo que Amor me enſeñò.
Mi padre alcanzò deſpues
la renta, de que yo eſtaba
ſeguro, quando buſcaba
mas bien, ni mas interès,
que merecer eſſos pies.
Dios ſabe ſi lo ſentì,
y ſi parte no te dì,
fue porque no quiſe, Elena,
que partieramos la pena,
que era ſola para mì.
Paſsò adelante mi amor
encubriendo mi deſdicha,
no empeñandote à mas dicha,
que algun honeſto favor:
pero ſi por ſer traidor
tomas venganza en caſarte,
bien puedes deſengañarte
de que Amor me ha permitido,
que me huvieſſe ſucedido
con que poder obligarte.
Vès la renta, y vès tambien
de mi padre el juſto enojo?
pues de todo me deſpojo,
aunque mil muertes me dèn.
Serà entonces querer bien,
ò mentira, ſi me obligo
para cumplir lo que digo;
mira ſi es prueba de fe,

pues

RBC/NcU

pues todo lo dexarè,
y me casarè contigo.
Puede hacer mayor fineza
un hombre por lo que adora?
Creerás entonces, señora,
lo que estimo tu belleza?
dirás tù, que es mas riqueza
ser, Elena, mi muger;
y sabrè yo responder,
que aun el propio sèr perdiera,
sino siendo, ser pudiera,
que fuera tuyo sin ser.
Pues quien dexàra por tì
el propio sèr en que vive,
no harà mucho en que se prive
de lo que es fuera de sì.
Yo voy à hablar desde aqui
à quien licencia nos dè.

Elena. Detente. *Juan.* Ya no podrè.
Elena. Què intentas? *Juan.* Tù lo verás.
Elena. Loco estàs. *Juan.* No puedo mas.
Elena. Mira tu honor. *Juan.* Para què?
Elena. Tanta renta no es error?
Juan. No has visto un niño, que viene
à dar un doblon que tiene,
porque le dèn una flor?
pues haz cuenta que mi amor,
que Amor en nada repara,
como el exemplo declara,
si lo que vè le contenta,
es niño, y dexa la renta
por el clavèl de tu cara. *Vase.*

Elen. Aunq̃ es verdad, q̃ tanto bien deseo,
quiero tanto à D. Juan, q̃ me ha pesado
de que quiera èl entrar precipitado
de esta locura por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
amando amada, sin tomar estado,
animado el temor, templa el cuidado,
y me parece que mi bien posseo.
Gran fineza de amor! pero cumplida,
tantas desdichas pueden ofrecerse,
que en dexar à D. Juan me và la vida:
mejor es apartarse, que ofenderse,
que una muger, que quie .., y es querida
en què puede parar sino en perderse?

Vase, y salen Don Fernando, y Antonio.

Ant. Como si fuera mia me ha pesado.
Fern. Pues à mì no me dà mucho cuidado;
hacienda tengo, gracias à los Cielos.
Ant. Que no puedan armadas, ni desvelos
contra aquestos rebeldes Olandeses!
Fern. Les ayudan los Ingleses,
mas no siempre suceden sus fortunas
con tal prosperidad, que si hay algunas
en su favor, nuestro descuido ha sido.
Ant. El Draque muerto ya, quien es vencido,
basta aora que à la memoria aplique.
Fern. Y en Puerto-Rico el Conde Enrique.
Ant. En Cadiz, y el Brasil, què os han tomado?
Fern. Diez mil pesos serian, y han quedado,
gracias à Dios, cien mil, y solamente
para Don Juan mi hijo. *Ant.* Nadie siente
bien de vuestra eleccion, siendo tan rico.
Fern. A la Iglesia le aplico,
y trato de ordenarle brevemente,
por causa que me obliga,
que no à todos es bien que se la diga.
Tiene de renta cinco mil ducados,
que vale la Prevenda, y mis cuidados
le llegaràn à diez, à lo que creo.
Ant. El estado es tan alto, que su empleo
no puede ser mayor; pero quisiera,
que vuestra Casa succesion tuviera,
dilatada à los nietos. *Fern.* Este intento
nace de aborrecer el casamiento.
Ant. Por què razon? no es cosa justa?
Fern. Y tanto,
que es Sacramento Santo;
pero pues sois mi amigo, estad atento,
que quiero, y es razon satisfaceros.
Ant. Y yo escucharos, mas que responderos.
Fern. Passè à las Indias, mozo, y con haciẽda;
casè con una Dama, y aunque hermosa,
cansòme, Antonio, como propia prenda,
q̃ en conquistar mi amor no fue dichosa;
llevando, pues, la edad suelta la rienda,
me enamorè de una criolla airosa,
y no muy linda, assi en el mundo passa,
por lo feo, dexar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabìa,
aunque es necia disculpa de casados,
de suerte enloqueciò mi fantasìa,
que el depositò fue de mis cuidados:
tuve en ella à Don Juan; que no tenìa
hijos de mi muger, con que elevados
quedaron mis sentidos; què locura!
que quien todo lo acaba, no lo cura.

771158

Ant. Admiracion me ha causado,
que bastardo sea Don Juan.
Fern. Què pierde, rico, y galàn,
si el Rey le ha legitimado?
Ant. Y què hace aora? *Fern.* Passando
està en mi huerta. *Ant.* Estudioso
mancebo. *Fern.* Es tan virtuoso,
que siempre le estoy rogando
dexe el estudio, y èl porfia,
y aora debe de ser,
porque presto ha de tener
un Acto de Theologìa.
Caso estraño! maravilla
rara! que este mozo sea
tan honesto, que no vea
una muger en Sevilla,
haviendo tanta hermosura!
en esto no me parece.
Sale Leonardo.
Leon. Justo parabien merece,
y ha sido mucha cordura:
Estoy, señor Don Fernando,
enojado con razon:
còmo en tan grande ocasion
nos olvidais, despreciando
la amistad, y vecindad?
Fern. De la plata que he perdido,
daros cuenta huviera sido
pesadumbre, y no amistad.
Leon. De la plata no sè nada,
pesame, si os alcanzò
parte; lo que digo yo
es cosa en razon fundada,
pues que casando à Don Juan,
lo haceis con tanto secreto.
Fern. Si es burla, para què efecto?
Leon. Burla, si èl, y Pedro estàn
pidiendo, que por temor
vuestro, licencia le dèn,
sin que se amoneste? *Fern.* Bien:
gracioso engaño! *Leon.* Y mayor
el no lo creer assi;
pues al Juez han informado,
que le matareis airado,
si lo sabeis. *Fern.* Don Juan? *Leon.* Sì.
Fern. Vistelo? *Leon.* Si no lo viera,
os lo viniera à decir?
Salen Don Juan, y Pedro de Gorron.
Juan. En fin, mandò recibir
nuestra informacion? *Pedro.* Espera,
que està mi señor aqui,
no entienda lo que tratamos,
que en grande peligro estamos,
que si lo sabe, ay de tì.
Fern. Don Juan? *Juan.* Señor?
Fern. Yo pensè,
hijo, que passando estabas
en la huerta. *Juan.* De ella vengo:
tanto deseo que salga
este Acto de Theologìa,
para tu honor, y mi fama.
Fern. Bien dices; bien se confirma
con el cuidado que andas
de casarte, pues que ya
secreta licencia sacas.
Pedro. Zape. *Juan.* Yo, señor, què dices?
Pedro. Vivit Dominus, que estaba
quando intrabimus per portam
soplaverunt, en la sala.
Fern. Hijo, no recibas pena,
ni las colores te salgan
al rostro, que en dar estado,
mucho los padres se engañan
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas,
que cien mil ducados tengo;
tu padre soy; por què causa
fias tu secreto à un mozo,
y de tu padre te guardas?
Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?
Juan. Señor::- *Fern.* No te turbes, dì.
Pedro. Confiessa, señor, què aguardas?
advierte que dice, que eres
oculorum de su cara.
Juan. Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba;
yo no soy para la Iglesia,
casome con una Dama
virtuosa, y bien nacida,
aunque pobre. *Fern.* Essas palabras
han salido de tu boca,
sin que yo te saque el alma
fuera? *Saca la espada.*
Leon. Estais en vuestro sesso?
para vuestro hijo espada?
Juan. Señor Don Fernando. *Fern.* Fuera.
Pedro. Cogevitur en la trampa.

Leon.

Leon. Teneos. *Fern.* Què he de tenerme?
vil baſtardo, aſsi ſe hallan
cinco mil ducados? fuera.
Pedro. Baſtardos los padres llaman
lo que ellos hacen? que eſtotro,
como èl le hiciera en ſu caſa,
què le coſtaba ſalir
mas por muger, que por dama?
Juan. Señor, pues quiſiſte bien,
quando ſin diſculpa andabas
con la madre que me diſte,
por què mis años infamas?
tengo yo culpa de ſer
baſtardo? *Pedro.* Veritas clara.
Fern. Aora bien, por los preſentes
con la infame vida eſcapas:
vete de Sevilla luego,
que la hacienda que penſaba
dexarte, al primer Convento
la dexarè por mi alma.
Ola, echadle eſſos veſtidos,
y libros por la ventana:
Idos, picaro. *Pedro.* Señor,
yo no me caſo. *Fern.* Si à caſa
bolveis, yo os harè colgar
de una reja. *Pedro.* Quare cauſa?
ſoy yo pierna de carnero?
Fern. Ea, los baſtardos vayan
al Rollo de Ecija. *Pedro.* Yo?
Mas que tambien me levanta,
que nos hizo à los dos juntos?
Leon. Mirad, ſeñor, que ſe pàra
gente à eſcuchar vueſtras voces.
Ant. Entraos, ſeñor, que ya baſta.
Entranſe, y quedan Don Juan, y Pedro.
Pedro. Buenos quedamos.
Juan. Què quieres?
como eſſo los hombres paſſan
por Amor. *Pedro.* Si fuera Amor
perſona, como es fantaſma,
què de veces me le huviera
dado dos mil cuchilladas.
Al Rollo de Ecija à un hombre,
que mañana ſe ordenaba
de Viſperas? vivit Dominus,
que he de ir à Roma: eſto paſſa?
què havemos de hacer? *Juan.* Morir.
Pedro. Las puertas cierran. *Juan.* Cerradas
debe de tener tambien
quien las cierra las entrañas.
Pedro. Què cerca eſtàs de llorar.
Juan. Pues de eſſo, Pedro, te eſpantas?
ayer un coche, y criados,
caſa, hacienda, padre, y galas,
y oy cerradas eſtas puertas?
Pedro. Preſto ſe abriràn ſi llamas,
con decir que te arrepientes,
y que te ordenen mañana.
Juan. Aunque mil muertes me dèn,
de proſeguir no dexàra
el caſamiento de Elena.
Pedro. Deſde la Elena Troyana
ha quedado por herencia
quemar Troyas, perder caſas:
mas quiero darte un conſejo.
Juan. Còmo? *Pedro.* Dexa la ſotana,
y viſte galas, y plumas,
finge que te vàs à Italia,
y entra à pedirle la mano,
que es padre, y harà en el alma
coſquillas de auſencia. *Juan.* He viſto
gran crueldad en ſus palabras.
Pedro. No creas en eſſas furias,
pidele la mano, y ſaca
por fuerza una lagrimilla,
que ſe la moge al tomarla,
que tù le veràs mas tierno,
que una cocida patata.
Juan. Y ſi no puedo llorar?
Pedro. Lleva la balona untada
de la mano con cebolla,
y haz que te limpias, que baſta
para que llores ſeis dias.
Juan. O Elena! ò bien empleada
pena! ayude tu hermoſura,
el animo que deſmaya,
vèr lo que pierdo por tì.
Pedro. Ya arrojan por las ventanas
tus veſtidos.
Arrojan los veſtidos, libros, y otras coſas.
Juan. Bravo enojo.
Pedro. Anda la mar alterada,
y aligeran el navio;
voy à buſcar mi ſotana.
Juan. Ay Dios! ſi ſe han de perder
de Doña Elena las cartas,
y una cinta de cabellos!
Pedro. Què joyas? *Juan.* Joyas el alma.

Pedro.

Pedro. Cierto, que hay almas buhoneras,
pues andan ſiempre cargadas
de cintas, y de papeles.
Juan. Ay mi Elena! *Pedro.* Ay mi ſotana!
Juan. Ay papeles! *Pedro.* Ay gregueſcos!
Juan. Ay mis cintas! *Pedro.* Ay mi cama!
Juan. Quien ſupiere què es amor,
apruebe mis eſperanzas,
y no diga que eſtoy loco,
pues quedo con ſola el alma. *Vanſe.*

Salen Serafina, y Finèa, con mantos, y Ricardo.

Seraf. No me haveis de acompañar.
Ric. La vida, ſeñora mia,
podeis, no la cortesìa,
aborreciendo, quitar.
Seraf. No ſon las calles lugar
para tratar caſamientos.
Ric. Si ſe han de dar à los vientos
por vueſtro injuſto rigor,
deſde donde iràn mejor
à ſus propios elementos?
Seraf. Dexadme paſſar. *Ric.* Teneos,
y no recibais enojos,
que por vida de eſſos ojos,
de no hablar en mis deſeos.
Seraf. Pues en què? *Ric.* Vueſtros empleos
eran materia ſin mì.
Seraf. Y què me direis aſsi?
Ric. Que eſtais muy mal empleada.
Seraf. Y eſtuviera mejorada
en vos? *Ric.* Preſumo que sì:
no porque haya en Don Juan
muy grandes merecimientos,
vueſtros altos penſamientos
mirad vos què fin tendràn
con quien mañana ſe ordena:
pues què loco amor condena
à una muger principal,
à que ſe quede tan mal,
que ſe quede con ſu pena?
Toda la accion ſe comprehende
del fin falſo, ò verdadero;
todo diſcreto, primero
mira el fin de lo que emprende:
quien lo que eſpera no entiende,
diſculpa tiene del daño;
porque eſpera con engaño
donde el fin oculto eſtà;
mas què diſculpa tendrà
quien ama, con deſengaño?
Seraf. Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vueſtro cuidado,
me decìs mi propio empleo,
ſatisfaceros deſeo:
Don Juan ſe criò conmigo,
fue ſu padre gran amigo
del mio, y lo es de Leonardo
mi hermano. *Ric.* Mas cauſa aguardo.
Seraf. Què mayor de la que digo?
Creciò el amor con la edad;
porque quien imaginàra,
que tan preſto comenzàra
ſu oficio la voluntad?
Al principio fue amiſtad
ſimple de honeſta ignorancia;
pero la perſeverancia
juntò las coſas diſtantes,
y deſde amigos à amantes
no hay un paſſo de diſtancia.
Queriame bien Don Juan,
pagabale yo tambien;
pero enmedio de eſte bien,
que bienes preſto ſe vàn,
ò fue, como era galàn,
admitido de otra dama,
cuyas perfecciones ama,
ò yo le deſagradè,
que aunque èl lo niega, lo sè,
que me aborrece, y deſama.
Hagalo ſeguir de dia,
y de noche: caſo eſtraño!
Que no teme el deſengaño
quien tanto hallarle porfia,
ni en caſa de amiga mia
largas viſitas dilata,
ni con ſus amigos trata,
ni le han viſto hablar, ni vèr,
en calle, ò campo, à muger,
y con tibiezas me mata!
Muerta entre tantos deſvelos,
ſin ſaber què puede ſer,
ſoy la primera muger,
que tiene zelos ſin zelos;
aſſegura mis recelos
con regalarme, y jurar
en oyendome quexar;

pero en materias penosas,
no hay cosas mas sospechosas,
que el jurar, y el regalar.
Aqui viene la eleccion
de su padre, y aqui viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razon.
Bien sè que mi pretension
ningun fin puede tener;
pero quien ha de poder,
amando, dexar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar à aborrecer?
Esta, pues haveis querido
saberla, fue la ocasion;
pude amar por la razon,
Ricardo, que haveis oìdo;
pero no dar al olvido
tantos años de amistad,
que hay mucha dificultad
en mudar el pensamiento,
quando està el entendimiento
sujeto à la voluntad.

Ric. Haveisme favorecido,
que un discreto desengaño
nunca hizo tanto daño
como un engaño fingido.
Yo voy muy agradecido
al bien que aqueste me ofrece;
mirad què premio merece
quien le tiene por favor,
y si agradeciera amor,
quien desengaño agradece.
Con esto palabra os doy,
no de no amaros, pues veo
exemplo en vuestro deseo,
y desengañado estoy;
mas no hablaros desde oy
en mi fina voluntad,
ni estorvar vuestra amistad:
quered à Don Juan, que es justo,
porque no es amar con gusto
donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
què mayor que vèr que amais,
donde el amor que empleais,
ni fin, ni remedio espera?
Rogarè al tiempo, que quiera
templar esta ardiente llama,
no obligando à quien os ama
los meritos que teneis,
aunque licencia me deis
para querer otra Dama. *Vase.*

Seraf. Cortès Cavallero! *Fin.* Tanto,
que lastima le he tenido:
fuerte desengaño ha sido.

Seraf. Toma, Finèa, este manto,
que no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.

Fin. Notable cosa es querer.

Seraf. Mas notable es olvidar.

Sale Leonardo.

Leon. Serafina? *Seraf.* Hermano mio,
de donde? *Leon.* Vengo admirado
de dos cosas, con razon,
de casa de Don Fernando;
la primera, que se casa
D. Juan. *Seraf.* Què D. Juan hermano?

Leon. Don Juan su hijo. *Seraf.* Es posible?

Leon. Debaxo de avitos largos
suele haver muy poco juicio.
Que bien su padre ha empleado
lo que le cuesta el ponerle
en un estado tan alto!
Loquillo ignorante, en fin,
un mozuelo enamorado,
que arroja hacienda, y honor,
y estudio de tantos años,
por lo que mañana creo,
y aun oy, estarà olvidado,
si lo tuviesse esta noche,
como en el alma los brazos.
La segunda que me admira,
no es el vèr al padre airado,
porque es grande la ocasion;
pero el vèr que llegue à tanto,
que despues de haver querido
matarle desesperado,
ha echado, con grande nota,
por las ventanas abaxo
toda su ropa, y vestidos,
sus libros, y quanto hallaron
ser del pobre Cavallero.
Parece que te ha pesado.

Seraf. Pues à quien no ha de pesar,
y con mas razon, que à entrambos,
que nos criamos con èl?

Leon. Entra, que quiero que vamos

à hablarle eſta tarde juntos,
ſi vive, porque ha quedado
de colera caſi muerto. *Vaſe.*
Seraf. Haſta aora fue mi daño
un impoſsible de amor,
ya es mayor, pues es agravio;
porque quien podrà ſufrir
los zelos deſengañado?
que el amar un impoſsible,
no ha meneſter deſengaños. *Vanſe.*
Salen Don Juan, y Pedro de Soldados con vandas, y plumas.
Juan. Ya vengo como tù quieres.
Pedro. Y como el tiempo lo manda;
eſto de plumas, y vanda
es hechizo de mugeres:
mucho ſe ha de holgar Elena.
Juan. Mi padre quiſiera yo.
Ay mi caſa! quien te viò
de tantas riquezas llena
ſolamente para mì,
y aora te veo cerrada!
Pedro. Què la colera paſſada
toda ha de ſer para tì?
Juan. No me dès à conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
que matò, mal informado,
ſu deſdichada muger.
Pedro. Mal informado? *Juan.* Pues no?
Pedro. Bien haya, amen, pues lo eres,
quien ſabe honrar las mugeres.
Juan. Nacì de las piedras yo?
Pedro. O ſabroſos animales!
no es hombre el que os tiene en poco.
Juan. Yo à lo menos eſtoy loco.
Pedro. No todas nacen iguales;
pero como no ſean brujas
de eſtas que andan à chupar,
que es meneſter preguntar
ſi ſon de pierna, ù de agujas:
Y conſuelate, Don Juan,
de quanto puedes perder,
que mas perdiò por muger
no haviendo mas de un Adàn.
Què virtuoſas! què ſantas
diſculpan aquella culpa!
por Dios, que tiene diſculpa
quien ſe pierde donde hay tantàs.
Juan. Ea, acaba de llamar.
Pedro. A mì echaràn me, ſeñor,
yo tomarìa que olor,
aunque no fueſſe de azar;
pero temo algun caſcote.
Juan. Pues para què me he veſtido?
Pedro. El cuento viejo ha venido
aqui à pedir de cogote.
Juntaronſe los ratones
para librarſe del gato;
y deſpues de un largo rato
de diſputas, y opiniones,
dixeron, que acertarìan
en ponerle un caſcabèl,
que andando el gato con èl,
guardarſe mejor podian.
Saliò un raton barbicano,
colilargo, ojiquerromo,
y encreſpando el grueſſo lomo,
dixo al Senado Romano,
deſpues de hablar culto un rato:
Quien de todos ha de ſer
el que ſe atreva à poner
eſſe caſcabèl al gato?
Juan. Ya entiendo, que haver venido
ha ſido, Pedro, invencion,
y el llamar la execucion.
Pedro. No tienes apercibido
el llanto para la mano
quando te la dè à beſar?
Juan. Por eſſo no ha de quedar,
ſi mi padre es hombre humano.
Pedro. Dì que ſu eſclavo ſeràs.
Juan. Pongame un clavo, ò argolla.
Pedro. Sino tiene harta cebolla
la balona, pondrè mas.
Juan. Ha de caſa: què ocaſion
oy en la calle perdimos!
Pedro. Muy emplumados venimos
para pròdigo, y lechon.
Tù, ni en veſtido, ni cara
tu papel puedes hacer,
que yo bien puedo tener
plaza en qualquiera piara.
Sale Don Fernando.
Fern. Quien es? *Juan.* Un hombre, ſeñor,
que ya no merece nombre
de tu hijo, pues es hombre
que no mereciò tu amor.
Voy à Flandes à morir

en-

entre fieros enemigos,
pues que no supe entre amigos
à tu obediencia vivir;
y aun ojalà que en Triana
me matàra una pistola.
Fern. No es tu desverguenza sola
la que hiciste con sotana:
con plumas puedes bolar,
porque ya quedas de suerte,
que solo pueden valerte
por la tierra, ò por la mar.
Vete, y en tu vida creas
que me has de bolver à vèr.
Juan. O què presto has de saber
la muerte que me deseas!
Pero siquiera, señor,
porque me has criado, mira,
que no es nobleza la ira,
y el perdonar es valor:
solo te pido la mano,
merezca tu bendicion.
Fern. Donde no se dà perdon,
es la bendicion en vano.
Juan. Pues es posible, señor,
que me dexeis ir assi?
Fern. Y tù, parecete à tì,
que me has dexado mejor?
Juan. No era yo para el estado,
que tù me querias dar.
Fern. Ni yo para transformar
un Sacerdote en Soldado:
que si de tì no me vengo,
es, porque aunque no lo fuiste,
basta que serlo quisiste
para el respeto que tengo.
Clerigo te imaginè,
y de haverlo imaginado
ya tienes algo sagrado,
con que luego te dexè.
Vete, y no pares aqui,
ni sepa tus desvarìos.
Juan. Ojos, no pareceis mios,
pues no me vengais de mì.
Pedro. Dale cebolla, que ya
parece que se enternece.
Fern. Què poco el llanto merece
con quien ofendido està!
Juan. En fin, me dexas assi?
Fern. Esto es hecho. *Juan.* Què rigor!
Pedro. Dale cebolla, señor.
Fern. Vete, pròdigo. *Pedro.* Y à mì
no me oiràs por su cochino,
hablando con reverencia?
Fern. Mas que incitas mi paciencia
para hacer un desatino?
Juan. Muy de otra suerte aquel Padre
de Familias recibiò
su hijo. *Fern.* Y lo hiciera yo;
mas no es posible que quadre
aqui la comparacion,
que aquel vino arrepentido.
Pedro. Sì, mas no le has parecido
en la debida porcion.
Fern. Tenia parte en su hacienda,
y essa no tiene Don Juan.
Pedro. Señor::- *Fern.* Vaya el ganapan.
Pedro. Dale cebolla. *Fern.* No entienda
que ha de vèr mas esta casa. *Vase.*
Juan. Fuese? *Pedro.* Nada aprovechò,
mas señas le he visto yo,
y todo en efecto passa:
otros hijos se han casado.
Juan. Sì, pero la bendicion
del padre, aunque haya perdon,
es desgracia haver faltado.
Ello ha de ser con su gusto,
porque assi lo manda Dios.
Pedro. Pues bolvamonos los dos,
que yo sè tambien que es justo.
Juan. Y Elena? *Pedro.* En Triana està,
labrando una verde manga
para el venturoso dia
que casados jugueis cañas.
Juan. Camina, Pedro, à la puente,
y passemos à Triana,
que grandes resoluciones,
no quieren grandes tardanzas.
Pedro. En fin te casas?
Juan. Què quieres?
tengo la palabra dada.
Pedro. Otros tienen dadas obras,
y no cumplen las palabras.
Juan. Què villano estuvo! ay Cielos!
Pedro. Antes no, pues que le dabas
cebolla, y nunca la quiso.
Juan. Camina, Pedro, à Triana. *Vanse.*

Salen Elena, è Inès.

Elena. Las sombras de mi temor

ya no dexan alegrarme
con quanto dices que viſte.
Inès. Propia condicion de amantes;
quitaſte el credito al bien,
con que dexas de gozarle
mientras le admites dudoſo.
Elena. Què viſte, Inès, eſta tarde,
para tanta dicha mia,
à Don Juan mudado el trage?
Inès. Digo que le vì con plumas;
mira ſi puede mudarſe
en mas diferente forma
quien era ayer Eſtudiante.
Elena. Ay Dios! ſi ya mi fortuna
ſe moſtraſſe favorable
à mis deſeos; mas temo
que al mejor tiempo me falte;
porque como no ſon juſtos,
no dexan aſſegurarme
en eſperanzas que duren,
ſino en penas que me maten.
Quien ha de pedir al Cielo,
que dexe para caſarſe
un hombre tan alto eſtado,
tanta renta, honor tan grande?
O Amor, que ſolo reparas
en tu guſto! por què haces
coſas injuſtas? diràs,
que fue diſculpa baſtante
el haver nacido ciego.

Salen Don Juan, y Pedro.

Inès. Llamaron? *Juan.* Entra, y no llames.
Pedro. Tomas ya la poſſeſsion?
Juan. Vengo, mi ſeñora, à darte
ſatisfaccion de la fè
con que ſupiſte obligarme.
Veiſme aqui, ſi por ventura
aſſegurar deſeaſte
la eſperanza de ſer tuyo,
para que ya no ſe alaben
quantos hicieron finezas,
que fueron con eſta iguales.
Què importa, que deſde Avido,
Leonardo el eſtrecho paſſe?
que mal ſe iguala al enojo
de un noble, y airado padre.
Sacando yo la licencia,
Elena, para caſarme,
probando que no tendria
efecto con publicarſe,
no faltò quien ſe lo dixo,
aqui no es juſto canſarte.
Con pintar Tigres, Leones,
y otras fieras ſemejantes,
ſacò la eſpada, no pudo
por los preſentes matarme.
Y porque llevaba yo
dos Angeles que me guarden,
cerrò las puertas en fin,
y mandò que me arrojaſſen
por las ventanas mi ropa.
Yo pretendiendo probarle,
tomè el trage en que me vès,
y para partirme à Flandes,
le pedì la bendicion;
mas fue tan inexorable,
que no la pude alcanzar,
mas dexame que le alabe
de una coſa, que en ſus iras
me ha parecido notable.
No me ha echado maldicion,
como muchos padres hacen
neciamente, porque à muchos
quiere Dios que los alcancen.
Eſto me ha dado conſuelo,
y eſperanza de gozarte
en paz, dulce prenda mia,
que algun dia haremos paces.
Es juſto acuerdo, y es fuerza
por algun tiempo auſentarme
de Sevilla, y dar lugar
à que eſte ſuceſſo paſſe,
porque el mayor dura un mes,
al fin del qual, à caſarme
bolverè à Sevilla alegre;
tù en tanto mira què pagues
eſta fè, eſte amor: no puedo
paſſar, mi bien, adelante.
Pedro. Andamos con la cebolla
tan tiernos, que en todas partes
lloramos ſin ocaſion.
Elena. Pensè, Don Juan, alegrarme
con verte, y eſtoy mas triſte
haviendote viſto, que antes
todo el diſcurſo fue alegre,
haſta llegar à auſentarte.
Porque donde havrà paciencia,
que para tu auſencia baſte,

ſiendo perderte de viſta,
no preſumiendo que engañes
una muger que te adora?
porque para no caſarte,
no era meneſter dexar
la riqueza de tu padre,
la dignidad de tu oficio,
dando lugar à que hable
toda la Ciudad de tì;
pero ſi es fuerza dexarme,
dime donde vàs, mi bien.
Juan. El amor, Elena, es grande,
que mi padre me ha tenido;
y aunque eſte puede templarſe
con el agravio, es muy cierto,
que mi auſencia ha de obligarle
à notable ſentimiento,
con que piadoſo me llame.
Irè à la Corte, y de alli
eſcribirè por inſtantes
al mayor amigo ſuyo,
para que el perdon me alcance.
Buelvo à afirmar la palabra
de ſer tuyo; y porque es tarde
para paſſar atrevido
con las poſtas por tu calle,
ſolo te pido::- *Elena.* Detente,
mi ſeñor, que es agraviarme
pedirme fè, ni memoria;
porque primero que falte
à tantas obligaciones,
ſe veràn las altas naves
de eſte Rio en las Eſtrellas,
ò que las Eſtrellas baxen
à ſer de ſus aguas peces,
y rompidos los criſtales
del Cielo, caeràn ſus Polos
dividido el Sol en partes.
Què muger debiò en el mundo
amar tanto, aunque llegaſſe
à perder por tì mil vidas?
Pedro. En fin, Inès, oy ſe parten
Soldados, los que ayer fueron
pacificos Eſtudiantes:
aſsi và el mundo. *Inès.* O què mano,
picaron! penſaràs darte
en aquel Madrid con plumas?
Pedro. Con plumas? què diſparate!
mal conoces ſopalandas
Gorrones; echarè yo lances
famoſos, que donde quiera,
ſe cuelan los de eſte trage.
A dos veces de vèr plumas,
lo que no paſſa ſe ſabe;
echanſe mucho de vèr,
mas ya mi amo ſe parte;
has de tener fè en auſencia?
Inès. Antes, Pedro, que me falte,
eſtarà el Sol donde ſuele;
porque quien podrà quitarle
de donde le puſo Dios?
Pedro. Eſtas sì que ſon verdades.
Juan. Mi bien, yo me voy, à Dios,
que partirme aprifa, nace,
de que eſte tiempo que pierdo,
para la buelta ſe alargue. *Vaſe.*
Elena. El Cielo vaya contigo:
Pedro, mira que regales
à Don Juan. *Pedro.* Sin tì, ſeñora,
no havrà regalo que baſte:
què mandas para Madrid?
Elena. Que le acuerdes, ſi me olvidare,
à Don Juan::- *Pedro.* No me lo digas,
ni tanta firmeza agravies.
Elena. Abrazame, Pedro. *Pedro.* Tente,
que haràs que Don Juan me abraſe,
para quitarme el abrazo.
Elena. Zeloſa quedo, y cobarde.
Pedro. De què? *Elena.* De vèr que ſe pone
el Sol, que en mis ojos ſale,
que un Madrid, y aquellos años,
què lealtad quieres que guarden?

JORNADA SEGUNDA.

Salen Leonardo, Pedro, y Don Juan.
Leon. Antes fuera maravilla
venir con menos cuidado.
Juan. Enojos de un padre airado
me ſacaron de Sevilla,
y buelvenme los deſeos
de la ocaſion à ſaber,
què fin puedo prometer
à mis dudoſos empleos:
Para que vos, à quien tiene
reſpeto por amiſtad,
rompais la dificultad,

que à mis deſdichas previene.
Leon. Yo no sè còmo ha de ſer,
Don Juan, que podais bolver
eternamente à ſu agrado;
porque deſpues que à la Corte
os fuiſteis, ſe ha procurado;
pero con ſu pecho airado,
no hay medio humano que importe:
antes hablandole, jura,
que un Eſclavo ha de buſcar,
à quien le pienſa dexar
ſu hacienda. *Juan.* Eſtraña locura!
hagame ſu Eſclavo à mì.
Pedro. No ſino à mì, que podrà
con mas propiedad. *Juan.* Què eſtà
tan airado? *Leon.* Ayer le vì
con tal determinacion:
mas còmo os fue, me decid,
en Madrid. *Juan.* Lleguè à Madrid,
Leonardo, en buena ocaſion,
para entretener los ojos,
que el alma no era poſsible,
mientras airado, y terrible
executa ſus enojos.
Pedro. Tu padre, ſeñor. *Juan.* Ay triſte!
Leonardo, à Dios, no me vea.
Vanſe los dos, y ſalen Don Fernando, y Fabio.
Fern. No te eſpantes que no crea
lo que dices: tù le viſte?
Fab. Digo, ſeñor, que le vì.
Fern. Baſta, Leonardo, que Fabio
dice, que para mi agravio,
eſtà aquel villano aqui.
Leon. Aqui eſtà, que le han traìdo
pobreza, y enfermedad;
no cerreis à la piedad,
como el Aſpid, el oìdo,
que ya toca en vueſtro honor
favorecer à Don Juan.
Fern. Gentil favor le daràn
ſu maldad, y mi valor:
id con Dios, porque en llegando
à hablarme por èl, me pierdo.
Leon. Vos, como prudente, y cuerdo,
vereis, ſeñor Don Fernando,
lo que en eſto haveis de hacer:
yo entre tanto, y perdonad,
cumplirè con mi amiſtad
en no dexarle perder.
A mi caſa le he traìdo,
dondè le pienſo curar.
Fern. Hareiſme un grande peſar,
y que no lo hagais os pido,
que eſtais muy cerca de mì,
y mudareme, por Dios.
Fab. La vecindad de los dos,
què ofenſa te hace à tì?
Fern. No podrà ſer que le vea
alguna vez? *Fab.* Ya, ſeñor,
es eſſe mucho rigor.
Sale Alberto, de Soldado.
Alb. No havrà en el mundo quien crea
eſta determinacion:
mas es fuerza aventurarme.
Fern. Mira quien viene à buſcarme.
Fab. Soldados pienſo que ſon.
Alb. Soy, ſeñor, un Capitan
de un Navio. *Fern.* Mas que viene
à decir, que me conviene
favorecer à Don Juan?
Alb. Haviendo ſabido, que
andais buſcando un Eſclavo
de tantas partes, que pueda
la triſteza conſolaros
de un hijo que haveis perdido,
ò que ha dado en ſer Soldado;
os traigo una Eſclava, y creo
(no ſiendo fuerza obligaros
à ſer Eſclavo) que tiene
prendas, que no las ha dado
el Cielo à muger ninguna.
Fern. Amor ſiempre ha ſido engaño;
Eſclavo buſcaba yo,
pero tampoco reparo,
ſiendo ella tal, en que ſea
Eſclava. *Alb.* Es tal, que no hallo
à què poder compararla,
ſino es al precio, que es tanto,
que dice bien ſu valor.
Fern. Es negra? *Alb.* Por ningun caſo
tratàra yo en eſſa hacienda.
Fern. Mulata? *Alb.* Tampoco.
Fern. Aguardo,
què ſea. *Alb.* Es India Oriental,
à quien los Moros han dado
ſu Secta en aquellas tierras,
que aora vàn conquiſtando
valeroſos Portugueſes,

En

En Malaga la trocaron
à perlas, y un Capitan
la traxo à Eſpaña, del Cabo
de Buena-Eſperanza, y yo
la comprè, ſiendo Soldado
del Caſtillo de Lisboa:
entra, Barbara.

Sale Elena con una ſeñal de Eſclava.

Fern. Es retrato
de aquella Reyna de Perſia.
Elena. Daime, ſeñor, vueſtras manos.
Fern. Hija, no eſteis en la tierra;
la fortuna os hizo agravio:
notable muger! *Fab.* Famoſa!
Fern. Adoptavan ſus Eſclavos
los Romanos, como à hijos,
ſus apellidos dexando,
y ſu caſa en ellos; yo
penſaba hacer otro tanto,
por cierto enojo que tengo;
pero pueſto que me agrado
de la Eſclava, harè lo miſmo:
es el precio? *Alb.* Mil ducados.
Fern. Bien dixiſteis, que en el precio
ſe verìa, y ſe vè claro
ſu valor. *Alb.* No os eſpanteis,
que donde ſon mas baratos,
me los han dado por ella:
tiene entendimiento raro.
Por comenzar por el alma,
el cuerpo eſtaisle mirando,
no tengo que encarecerle,
los ojos ſon deſengaño.
Por virtuoſa os la vendo,
que à haver ſido lo contrario,
no era precio para ella
el teſoro Veneciano.
Canta, baila, cuenta, eſcribe,
y es con notable regalo
admirable conſervera:
eſto podeis vèr de eſpacio,
ſi quereis que aqui la dexe.
Fern. Còmo os llamais? *Elena.* Yo,
Barbara, y no por Gentil;
porque eſte nombre Chriſtiano,
en la Nave que venìa,
con el Bautiſmo Sagrado
me diò mi primero dueño,
temeroſo de los rayos
de una tempeſtad, que tuvo
la Nave en peligro tanto,
que haver librado las vidas,
fue del Bautiſmo milagro.
Sin eſto, junto à los Zafres
dimos en unos peñaſcos,
que ſirvieron de rodelas
à las flechas de ſus arcos;
como echò ſu hacienda al Mar
aquel Mercader Indiano,
guardòme para la tierra,
donde le fue neceſſario
remediarſe con venderme.
Fern. Còmo, Barbara, eſſe clavo
os puſo en la barba? *Elena.* Fue
preſumir amenazando,
rendir mi pecho à ſu guſto,
y como sè que le traigo
en defenſa de mi honor,
lunar de mi honor le llamo;
que como ponen blaſones
los que empreſſas acabaron,
puſo por armas mi honor,
hierro negro en campo blanco.
Fern. Què bien dicho! yo lo creo:
aora bien, quando me agrado
de una coſa, pocas veces
en el dinero reparo:
decidme, ſeñora, en quanto
os comprò eſte Capitan?
Elena. Señor, mientras es mi amo,
no puedo contradecirle;
deſpues que me hayais comprado,
os lo dirè como à dueño.
Fern. Què diſcrecion! *Alb.* Si llegamos,
quando os agrade, el concierto
ſean quinientos ducados,
que me coſtò quatrocientos.
Fern. Eſſos os darè yo. *Alb.* Subamos
à contarlos todo en plata.
Fern. En oro podeis contarlo,
porque es dar oro por oro.
Alb. Ya es vueſtro ſuceſſo eſtraño.
Fern. Barbara, no à ſer mi eſclava
quedais, que con vos aguardo
cobrar el amor de un hijo
inobediente, è ingrato. *Vaſe Alb.*
Elena. Pues ſeñor, harè yo cuenta,
que por èl traigo eſte clav,

que

que ſirviendo en ſu lugar,
eſclava ſerè de entrambos. *Vaſe Fern.*
Eſta amoroſa paſsion,
con que ſe me abraſa el pecho,
pues hierros dorados ſon,
por una fineza ha hecho
eſclavo mi corazon.
Con darle à Don Juan, no huyo
de confeſſarle por ſuyo,
mas puede decir deſpues,
que de dos dueños lo es:
eſclavo ſoy; pero cuyo?
Aunque ſi dudando eſtàn,
cuyo ha de ſer preguntando,
mi fè, y lealtad les diràn,
que no ſoy de Don Fernando,
ſino eſclava de Don Juan.
Verdad es, que èl me comprò,
y que el amor me vendiò;
pero quando en mì reparen,
ſi cuya ſoy preguntaren,
eſſo no lo dirè yo;
porque de concierto eſtàn
la fè, y el amor en mì,
que ſi tormento me dàn,
ſolo he de decir que fui
la Eſclava de ſu Galàn.
Que mi corazon quebrò
lo que Don Juan le obligò,
le dixo el alma, prometo
de guardar ſiempre ſecreto,
que cuyo ſoy me mandò.
Soy de tan leal corazon,
que ſabiendo que ha perdido
por mì hacienda, y opinion,
ſecretamente he querido
pagarle tanta aficion;
por què, como reſtituyo
la deuda, el amor arguyo?
mas còmo ſe encubrirà,
porque nadie me verà,
que no diga, que ſoy ſuyo.
Sale Fab. Haciendo eſtà la eſcritura;
entra, Barbara, que quiere
verte el Eſcribano. *Elena.* Oy muere
mi libertad, y aſſegura
la eterna fama que adquiere.
Informarme he meneſter
de algo, ſi en caſa me quedo,
de la familia, y ſaber,
porque errar terminos puedo,
con quien los debo tener:
hay ſeñora? *Fab.* No hay ſeñora.
Elena. Hijos? *Fab.* Uno.
Elena. Edad? *Fab.* Mancebo.
Elena. Què eſtado? *Fab.* El eſtado nuevo,
porque cierta pecadora
le ha pueſto en los ojos cebo;
cerca de Clerigo eſtaba,
y quiere caſarſe. *Elena.* El nombre?
Fab. Don Juan. *Elena.* Yo lo imaginaba:
es galàn? *Fab.* Es gentil-hombre.
Elena. Peligro corre la Eſclava.
Fab. No corre, que no eſtà en caſa.
Elena. Còmo? *Fab.* Su padre le echò
no mas de porque ſe caſa.
Elena. Por eſſo? *Fab.* Es poco?
Elena. Pues no?
como eſſo en el mundo paſſa:
quien hay mas? *Fab.* La Cocinera,
y un Ama que la criò.
Elena. Es muy vieja? *Fab.* Es Hechicera.
Elena. Vos quien ſois? *Fab.* Aqui entro yo:
ſoy ſeñor de la cochera.
Elena. Sois hombre muy importante.
Fab. Y otras veces voy mejor.
Elena. Còmo? *Fab.* Con plaza de Infante,
ſoy viſpera de ſeñor,
porque voy ſiempre delante:
deſde que os vì, con deſeo
eſtoy, por vida de entrambos,
de miniſtrar himenèo.
Elena. Miraſme con ojos zaynos.
Fab. Es ſeñal de que agradezco.
Elena. Entrad, y tened la mano, *Dale.*
porque os darè. *Fab.* Ya es deſpues.
Elena. Yo no aviſo mas temprano.
Fab. Aſsi me trataba Inès.
Elena. Pues tened reſpeto, hermano,
porque yo reſpondo aſsi.
Fab. Yo me deſpido de tì.
Elena. Buenas mis locuras vàn,
yo me vendo por Don Juan:
Amor, què quieres de mi! *Vanſe.*
Salen Pedro, Serafina, y Don Juan.
Seraf. Penſaràs que te agradezco,
que à mi caſa hayas venido:
ſin neceſsidad ha ſido.

Juan.

Juan. Eſſo, y mucho mas merezco.
Seraf. Tù caſarte, y no conmigo?
Juan. Quando venir preſumì,
bien imaginè, que en tì
tuviera un grande enemigo;
mas para deſengañarte
no hallè camino mejor.
Seraf. Reſponde mi necio amor,
que ninguna coſa es parte.
Pues tù me engañas à mì,
y quieres à otra muger,
tanto, que te obliga à ſer
lo que eſtoy mirando en tì.
Pedro, aunque tù me has vendido
tambien como tu ſeñor,
què me dices de un traidor,
que haſta el honor ha perdido?
Pero què podràs decirme?
Pedro. Amaina, ſeñora, amaina,
buelve la eſpada à la baina,
no mates hombre tan firme,
que ſiendo tù la muger
con quien ſe quiere caſar,
còmo te puedes quexar?
Seraf. Yo ſoy? *Pedro.* Pues quien ha de ſer?
Hete dicho à tì tu hermano
quien es la muger, ù hombre,
que ſepa ſiquiera el nombre?
Seraf. Luego yo me quexo en vano?
Pedro. Pues no eſtà claro que ha ſido
la jornada, y la invencion
ſolo por eſta ocaſion?
Seraf. Amor la culpa ha tenido
del enojo que ha cauſado;
mi deſconfianza fue
la cauſa, que no pensè
en verle tan deſcuidado,
que era por mì la fineza.
Don Juan, mi deſconfianza
no dio por tanta mudanza
creditos à la firmeza;
perdonad el recibiros
con tan injuſto deſdèn.
Juan. Cueſtame el quereros bien,
no deſeos, y ſuſpiros,
como ſuele ſuceder,
ſino hacienda, honor, y vida.
Seraf. Vos vereis que agradecida
ſoy, ſi ſoy vueſtra muger.
Juan. Pues por quien pudiera yo
hacer fineza tan rara?
Seraf. De mis dichas lo dudàra,
de mis penſamientos no.
Mi hermano pienſo que viene,
no puedo ahora decir
lo que havrè de remitir
al alma, que dentro os tiene
en ella, y el corazon,
como en ſecreto lugar.
Los dos podrèmos hablar
de eſta peregrinacion,
con que me haveis obligado:
vueſtra eternamente ſoy. *Vaſe.*
Juan. Necio, què has hecho? ya eſtoy
metido en mayor cuidado,
con decir à Serafina,
que es ella con quien me caſo.
Pedro. Si eſta muger es el paſſo
por donde tu amor camina
al fin de ſu pretenſion,
no fue engañarla locura;
que pudiera, por ventura,
hacer en eſta ocaſion,
que ſu hermano, por quien ya
corren eſtas amiſtades,
puſiera dificultades
en lo que tratando eſtà,
ni ſe pudiera vivir
aqui con eſta enemiga.
Juan. Y ſi hablandola me obliga
à lo que no he de cumplir,
parecete que ſon coſas,
que poco deſpues fatigan?
Pedro. Pues à què eſcritura obligan
dos palabras amoroſas?
Juan. Bien dices, que deſde aqui
havemos de negociar;
mas quando pienſa llegar
eſta noche para mì?
muero por ir à Triana,
muero por vèr à mi Elena.
Pedro. Baſta un mes de injuſta pena,
dexemos para mañana
ir à Triana, ſeñor,
porque ſi eſta noche vàs,
à Serafina daràs
ſoſpecha de ageno amor.
Juan. Eſſo dices? ſi pensàra

no verla, eſtando en Sevilla,
tuviera por maravilla
que la vida me duràra
haſta que el Alva ſaliera.
Ay noche! vèn, porque el Sol,
dexando el Polo Eſpañol,
cubra la Antartica Eſfera:
dexa, Sol, que el negro manto
pueda tu roſtro eclipſar,
que aunque temieras el mar,
no te detuvieras tanto.
Embarca tu reſplandor,
que en vèr la noche me niega;
con mis lagrimas navega,
que ſoy todo un mar de amor.
Vete, que no he meneſter
celages de tu mañana,
que eſtà mi Aurora en Triana,
y ella me ha de amanecer.
Vamos, Pedro. *Pedro.* Tente un poco.
Juan. No es de noche? *Pedro.* En tu ſentido:
tanta es la luz que ha perdido
quien eſtà de amores loco.
Juan. Pues dì, no tengo razon?
no es hermoſa, y virtuoſa?
Pedro. Virtud, ſobre ſer hermoſa,
es la mayor perfeccion;
y aſsi ſerà juſto empleo,
pero con mucho de juicio.
Juan. Pues es para ſu ſervicio,
ayude Dios mi deſeo. *Vanſe.*

Salen Don Fernando, y Elena.

Fern. Tan contento eſtoy de tì,
Barbara, que deſde oy
eres lo miſmo que ſoy.
Elena. Quanto ha ſido contra mì
haſta aora la fortuna
la perdono juſtamente,
ſino es que de nuevo intente
de eſte bien mudanza alguna;
pues piadoſa me ha traido
à ſervir à un Cavallero,
de quien mi remedio eſpero.
Fern. Barbara, mi dicha ha ſido;
y pues que lo ſiento aſsi,
ſe vè en lo que te he fiado;
todas las llaves te he dado,
rige, y govierna por mì
criados, caſa, y hacienda:
tanto de tu entendimiento,
y virtud eſtoy contento;
y porque tu pecho entienda,
que es lo menos que te fio,
oyeme atenta, y ſabràs,
lo que à mì me importa mas,
todo el penſamiento mio:
Yo tengo un hijo::- *Elena.* Ya sè
todo el ſuceſſo, ſeñor,
que me lo dixo Leonor
el dia que en caſa entrè.
Fern. Eſte, pues, inobediente,
eſtando para ordenarſe,
diò en que havia de caſarſe,
y auſentòſe cuerdamente,
que pienſo que le matàra.
Deſpues à Sevilla vino,
y en caſa eſtà de un vecino,
que à mi diſguſto le ampara.
Entre todos los enojos
que me ha dado eſte rapàz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie ſabe de mì
lo que he fiado de tì.
Elena. Dios ſabe que lo merezco.
Fern. Quiero, porque me han contado
que vive enfermo, y perdido,
que tù, como que has querido,
viendome con èl airado,
cuidar de ſu enfermedad,
que como à propio ſeñor
le veas, y de mi amor
ſobſtituyas la piedad.
Y pues que las llaves tienes,
muy diſcreta en regalarle
te ocupa, ſin declararle
que por mì, Barbara, vienes,
ſino por tu obligacion;
que sè que en viendo à Don Juan
tan entendido, y galàn,
diràs que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla
(no lo digo como padre)
mas gallardo: fue ſu madre
en Mexico maravilla,
y muy principal muger;
que à ſer legitimo amor,

mas tiene de ſu valor,
que de mì puede tener.
Lo primero, has de llevar
(eſto ſin nombrarme à mi)
unas camiſas, que aqui
quedaron por acabar.
Y toma en eſta bolſilla
cincuenta eſcudos, que eſtà
pobre, y no los hallarà
ſobre prendas en Sevilla.
Pienſo que me has entendido.
Elena. Y còmo? ſeñor, muy bien,
y de camino tambien,
con el alma agradecida,
la confianza que haceis
de eſta humilde Eſclava vueſtra;
en lo demàs, bien ſe mueſtra,
que piadoſo procedeis
como padre, imitacion
del verdadero conſuelo.
Fern. Si tù, con diſcreto zelo,
pues ſe ofrecerà ocaſion,
le pudieſſes perſuadir
que dexaſſe de caſarſe,
y que bolvieſſe à ordenarſe,
no le dexes de advertir
lo que ganarà conmigo.
Elena. Señor, còmo podrè yo,
ſabiendo que no baſtò
tu enojo, ni tu caſtigo?
pero en fin, yo te prometo
de hablarle en eſto, y muy bien.
Fern. Haz, Barbara, que te dèn
las camiſas en ſecreto,
que ya acabadas eſtàn;
y ſi en eſte amor reparas,
yo sè que me diſculpàras
ſi huvieras viſto à Don Juan;
y quiero que ſe te acuerde,
mirandonos à los dos,
que ſiente Dios, con ſer Dios,
un hijo que ſe le pierde.
Elena. Ha de ir alguno conmigo?
Fern. Fabio, que te enſeñarà
la caſa, que cerca eſtà. *Vaſe.*
Elena. Alabo, enſalzo, y bendigo
la piedad que uſais conmigo.
Cielo, en aqueſta ocaſion
parece que el corazon
me miraba Don Fernando,
y que de èl fue trasladando
mi propia imaginacion:
que podrè vèr à Don Juan,
deſpues de tan larga auſencia!
que dineros, y licencia
de regalarle me dàn!
Parece que ya ſe vàn
declarando en mi favor
los Cielos, pues el rigor
piadoſo, de un padre airado,
dà cuidado à mi cuidado,
y añade amor à mi amor.
Aora os ſatisfareis,
ojos, que ſin luz eſtais,
que à vèr vueſtra gloria vais,
de lo que llorado haveis;
oy vueſtro dueño vereis,
y ſiempre licencia os dàn:
tercero para Don Juan
es oy quien mas me aborrece,
pues me dice, y encarece
que es gentil-hombre, y galàn.
Con la gracia que me hablaba,
con las que Don Juan tenia,
como que yo no ſabìa,
que me cueſtan ſer ſu Eſclava;
lo miſmo que deſeaba
me ofrecia liberal;
porque con ſuceſſo igual
ſea mi exemplo teſtigo
de que ſuele un enemigo
hacer bien por hacer mal. *Vaſe.*

Sale Florencio, y Ricardo.

Flor. No ſiempre puede amor lo q̃ imagina.
Ric. Jurè, Florencio, no vèr à Serafina,
deſpues de vèr tan claro deſengaño,
y aunque penſè que fuera por mi daño,
un milagro de amor ha ſucedido,
q̃ fue, con otro amor, quedar vencido.
Flor. Si tiene alguna cura
la locura de amor, es la hermoſura
de otra muger; y aſsi dixo un Poeta,
aunque es paſsion q̃ tanto nos ſujeta,
para vencer amor, querer vencerle.
Ric. No pienſo yo ponerle
remedio tan violento;
pero andando con eſte penſamiento,
vì una muger adonde puſo el Cielo

dos eſtrellas de fuego en puro yelo,
un talle tan gallardo, honeſto, y grave,
un mirar tan ſuave,
un andar tan gracioſo,
y en cada parte un todo tan hermoſo,
que vivo ſin ſentido:
mas todo lo que veis, ya fue el olvido
de aquel paſſado amor, pues ya me abraſa,
y me enciende una Eſclava de eſta caſa.

Flor. Eſclava? *Ric.* Si.

Flor. Què baxo penſamiento!

Ric. Sin verla, no culpeis mi entendimiento.

Flor. Es Africana? *Ric.* Es India, y juſtamẽte,
que ſiendo Sol vinieſſe del Oriente.

Flor. Mal guſto, y en que el vueſtro deſatina,
dexar el Serafin de Serafina,
por una Eſclava Barbara. *Ric.* Su nombre,
Florencio, es eſſe; y porque no os aſſombre
mi penſamiento juſto,
mirad ſu talle, y alabareis mi guſto.

Salen Doña Elena, y Fabio, con un azafate.

Fab. Eſta es la caſa. *Elen.* Què, tan cerca era?

Fab. Quiſieras tù que à la alameda fuera?
la devocion de San Troton te obliga.

Elena. Nunca ſalgo de caſa. *Fab.* Pues amiga,
ſi ſeñor te hace ama, tèn paciencia,
demàs, que las ventanas, en auſencia
de la calle, no ſon poco remedio.

Elena. Nunca por eſſe medio
remedio yo la ſoledad que paſſo.

Fab. Ventana no? *Elena.* Soy yo boton acaſo,
que tengo de eſtàr ſiempre à la ventana?

Ric. Què os parece la Indiana?

Flor. Que traxo quantas perlas, y oro Arabia
en la tierra, y la Mar el Sol las cria.

Elena. Entra, Fabio, y diràs à lo que vengo.

Vaſe Fabio.

Ric. Luego diſculpa de quererla tengo?

Flor. El Lacayo ſe ha entrado
en caſa de Serafina.

Ric. Traeràn de D. Fernando algun recado;
pues Barbara divina::-

Elena. Vueſſa merced ſuplico ſe detenga,
antes q̃ el hõbre con quien vengo, venga.

Ric. Por què pagas tan mal lo que te quiero?

Elena. Què obligacion me corre, Cavallero?

Ric. Amor no obliga?

Elena. Obliga con ſervicios,
y amoroſos oficios,
no con palabras, y animos donceles,
q̃ aun en tiempo de Adàn le daban pieles.

Ric. Quieres tù galas? quieres tù dinero?

Elena. No puedo yo deciros lo que quiero.

Ric. Quieres que te reſcate?

Elena. Ni por el penſamiento de eſſo trate:
todo mi guſto en eſta caſa tengo,
Eſclava de mì miſma à verme vengo.

Ric. Ya te he entẽdido, quieres à Leonardo?

Elena. No es Don Juan mas gallardo?

Ric. Pues quieres a Don Juan?

Elena. Como à mi dueño,
que en lo demàs, ya sè que fuera ſueño,
pues quiere una muger, con quien ſe caſa.

Ric. Pues Barbara, ſi ſabes lo que paſſa,
quiereme à mì, q̃ en Indio me trãsformas,
pues Idolo te formas
de marfil, y de oro,
y ſiendo tù mi Sol, Indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
te ponga eſte diamante,
q̃ aunque es muy bella, quedarà masbella.

Elena. Quedito, y ſalvo el guante,
que ſoy un poco ariſca,
y con las nueve eſes de Franciſca,
fè, fineza, firmeza, y fortaleza,
ſoy toda junta un monte de aſpereza,
y le quiero añadir el ſer famoſa.

Ric. Pues dexame tocar con ſolo un dedo
el clavo de tu roſtro. *Elena.* Lindo enredo!
ſoy cuenta de perdones?
por ſus ojos, que mude de eſtaciones.

Ric. Yo he de comprarte à Don Fernando.

Elena. Creo,
q̃ aunque buſqueis para tan necio empleo
mas piedras, oro, y perlas, que un Poeta
pueda pintar un dia,
no os vender à una chinela mia:
el hombre ſale, à Dios.

Flor. Muger diſcreta,
pero taymada. *Ric.* Vamos, que yo eſpero
mi remedio en engaño, ò en dinero. *Vanſe.*

Sale Fabio. Don Juan ſale à recibirte,
y las camiſas dì à Pedro.

Elena. Pues vete, aſsi Dios te guarde,
que tengo cierto ſecreto,
que me dixo mi ſeñor,
que dixeſſe à Don Juan. *Fab.* Buelvo
dentro de un hora por tì.

Elena.

Elena. Buelve, poco mas, ò menos.
Fab. Quien ſon aquellos lindones,
que te hablaban? *Elena.* Cavalleros,
que canſados de fayſanes,
ya entiendes, Fabio. *Fab.* Ya entiendo.
Elena. Zelitos? ſoy yo muy propia
para oir lacayunos zelos?
Fab. Por el agua de la mar,
que he de darles, ſi los veo
otra vez, una mojada,
que llaman acà los dieſtros
la de Domingo Gayona.
Elena. Son eſtos los apoſentos
de Don Juan?
Fab. Si. *Elena.* Vete. *Fab.* A Dios.
Vaſe, y ſalen Don Juan, y Pedro.
Juan. Mal podrè tener contento,
Pedro, con tanta deſdicha;
oy à mis avitos buelvo.
Pedro. No debiò de poder mas,
que por ventura la hicieron
fuerza ſu tio, y ſu primo.
Juan. Què fuerza, ſi fue el concierto,
que à caſarme bolveria?
Pedro. Como no lo hiciſte luego,
entrò la deſconfianza,
que no hay coſa que mas preſto
rinda, y mude una muger.
Juan. En lo que ſu engaño veo,
es en negar ſus criados,
y decir, que no ſupieron
quien la llevò, ò donde fue.
Pedro. Hablèmos, ſeñor, primero
de eſta Eſclava de tu padre,
que dicen que es ſu govierno,
y no mudèmos de ropa,
que fuera, ſin grande acuerdo,
vender riſa à la Ciudad.
Juan. Buen talle! *Pedro.* Y gentil aſſeo!
Juan. No he viſto Eſclava en mi vida
de mejor traza. *Pedro.* El Invierno
tenga yo tales frazadas,
y los Veranitos freſcos
eſtas Colchas de la China.
Elena. Temblando me eſtà en el pecho
el corazon: ſeñor mio,
oy à vueſtros pies preſento
una Eſclava. *Juan.* No profigas:
Jeſus! Jeſus! què es aqueſto?
alza el roſtro, no le baxes;
què es eſto, Pedro?
Elena. Bien puedo,
ſi las lagrimas me dexan.
Pedro. Señor, vive Dios, que creo,
que havemos los dos bebido.
Juan. Ay Pedro! lagrimas bebo
de un Angel; pero bien dices,
que aqueſto es locura, ò ſueño:
hablame, ſeñora mia,
hablame, y dime ſi tengo
mi fantasìa en tu ſombra
fuera de mi entendimiento?
Pedro. Señora, dime quien eres;
han hecho algun embeleco
eſtas Moras de Sevilla?
eres tù? quien eres? preſto,
que eſtoy por huir de tì.
Elena. Yo ſoy, D. Juan; yo ſoy, Pedro;
pues quien, ſino yo, pudiera
arrojar al mar ſobervio
de tu padre, honor, y vida?
que de una amiga ſabiendo,
que dar querìa à un Eſclavo
ſu hacienda, eſte penſamiento
ſe me puſo en la memoria,
y executòlo el deſeo.
Tuve tal felicidad,
que ya de tu padre tengo
hacienda, y caſa en mi mano.
Oy me deſcubriò ſu pecho,
y me dixo, que ſabìa
que havias venido enfermo,
y que venias à curarte,
ſiendo yo Cierva, que vengo
llena de flechas de amor
al agua de mi deſeo.
Eſte dinero me ha dado,
tan declarado, y tan tierno,
que à los ojos ſe aſſomaban
las lagrimas por momentos,
como à ventanas, doncellas,
que andan cerrando, y abriendo.
Dixome, que yo te dieſſe,
en lugar del caſamiento,
conſejos, que no te doy,
que ſon contra mi conſejos.
Fingì hierros en mi cara,
porque eſtàn los verdaderos

en el alma, señor mio,
donde no los borra el tiempo.
Hierro es este de mi cara,
porque el del alma es acierto,
que solamente por mì
se dixo: acertar por yerro.
Hierro parece, y es flecha,
que del arco de sus zelos
Amor me tira à la boca,
porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
porque sepan muchos necios
(que fundan en intereses
todos los amores nuestros)
que huvo una muger que fue
por solo agradecimiento:
Esclava de su Galàn
por el nombre, y por los hechos.

Juan. Dulce Esclava de mi vida,
de mi libertad señora,
hierro que mi alma adora,
señal por mi bien fingida:
oy ha de quedar corrida
la Griega, y Romana Historia;
pues en vuestro honor, y gloria,
que para siempre ensalzais,
con esta hazaña dexais
en olvido su memoria.
Templado haveis mis enojos,
porque esse clavo recelo,
que es como signo del Cielo
para el sol de vuestros ojos:
templad tambien mis antojos,
porque està el alma tan loca,
que à imaginar me provoca,
que es la señal que en vos veo,
porque no yerre el deseo
el camino de la boca.
Que os haviais ido pensè,
luego que os busquè en Triana,
alli me hallè de mañana;
què triste noche passè!
Es posible que os hallè!
yo solo el errado fui;
pero siendo el hierro aqui
de vuestra cara fingido,
en siendo vuestro marido
me le passareis à mì.
Que como suele en la Imprenta
passar la letra al papel,
vendrè yo à quedar con èl,
y vos de esse hierro essenta:
mirando està el alma atenta
como le podrà passar,
donde en inmortal lugar
le pueda tener por vos;
pero presto querrà Dios,
que lo podamos trocar. *Sale Serafina.*

Pedro. Señor, Serafina. *Elena.* Quien?
Seraf. A vèr vengo vuestra Esclava.
Juan. Esclava, aquesta señora
es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre. *Elena.* Què gallarda!
què gentil! què bien dispuesta
señora! *Seraf.* Què bella Esclava!
Elena. No codicieis en el mundo
otra cosa, ni otra Esclava,
si aquesta Dama teneis.
Seraf. Pues amiga, còmo os llaman?
Elena. Barbara, señora mia.
Seraf. Pues, Barbara, no soy Dama,
sino muger de Don Juan.
Elena. Què sois vos con quien se casa?
Seraf. A lo menos lo he de ser.
Elena. Esso solo me faltaba *ap.*
para dar el parabien
à cierta loca esperanza.
Seraf. Quien hizo aquellas camisas?
Elena. Essas mugeres las labran,
que sirven à mi señor.
Seraf. Mejor estaràn guardadas,
para quando quiera Dios.
Juan. Vete con Dios, que te tardas,
Barbara. *Elena.* Sì, mejor es,
pues aqui ya no hago falta,
y en mi casa podrà ser. *Sale Finèa.*
Finèa. Aqui, señora, te aguarda
una visita. *Seraf.* Quien es?
Finèa. Tu grande amiga Lisarda.
Seraf. Perdonad, señor Don Juan;
luego bolverè. *Vanse. Juan.* No salgas,
Barbara, sin que te lleve
Pedro desde aqui à tu casa.
Elena. Tù me detienes en tiempo,
que està rebentando el alma
por dar voces; si deseas,
que declare quanto passa,

bien

bien haràs en detenerme.
Juan. Detenla, Pedro. *Pedro.* No vayas
enojada, hermoſa Elena,
haſta que ſepas la cauſa
por què dixo Serafina
aquellas necias palabras.
Elena. Enojada yo, por què?
Ha perro, quien te ſacàra
el alma! *Pedro.* Tente, ſeñora,
tente por Dios, que me matas.
Juan. Si engañar eſta muger
ha ſido ofenſa, que agravia
la verdad de nueſtro amor,
dexa à Pedro, y tu venganza
executa en mì, que ſoy
deſdichado en tu deſgracia.
Elena. En vueſſa merced, por què?
Si dexaſteis la ſotana
por eſta Dama, que puede
ſerlo de un Grande de Eſpaña:
quien hizo aquellas camiſas?
mejor eſtaràn guardadas,
para quando quiera Dios:
què bien! què buena Chriſtiana!
Dios la cumpla ſus deſeos:
ay de aquella deſdichada,
vendida por un traidor!
Juan. Sino eſcuchas, nadie baſta
à poder ſatisfacerte.
Elena. Que puſieſſe yo en mi cara
eſta cedula, eſte hierro,
que publicaſſe mi infamia,
para que todos le lean!
Pedro. Señora, por què te acabas,
y quitas la vida à un hombre,
que ſolo de verte airada
no ſabe tomar conſejo?
Elena. Haſta aora no fui Eſclava,
Doña Elena fui haſta aora,
ya ſoy la Elena Troyana;
incendio ſoy de mì miſma,
mi propio fuego me abraſa;
quien me ha robado el honor
es quien me vende à mi Patria.
Traidor Paris de Sevilla,
firme Elena de Triana;
pero un Don Juan oy me vende,
y el Eſclavo que maltratan,
huye del dueño; perdone
Don Fernando, que à Triana
me buelvo, y de alli à Xerèz,
porque Eſclava por Eſclava,
quiero ſerlo de mi primo. *Vaſe.*
Juan. Oye. *Pedro.* Eſpera.
Juan. Tente. *Pedro.* Aguarda.
Juan. Vè preſto tràs ella. *Pedro.* Voy.
Juan. Oy acabò mi eſperanza.

JORNADA TERCERA.

Salen Florencio, y Ricardo.

Flor. Eſſos eran los enojos,
recibirle, y regalarle?
Ric. Es padre, no hay que culparle,
que los hijos, y los ojos
tienen poca diferencia:
antes bien la inſpiracion
de aquella pronunciacion,
ſuſpiros ſon de ſu auſencia.
En efecto eſta Don Juan,
deſpues de tanta porfia,
con la paz que antes tenìa
con avito de galàn.
Flor. Imagino penſareis,
que ama à Barbara, y tendreis
de eſta ſoſpecha teſtigos;
pues aunque ſois tan amigos,
no le veis ſalir de caſa
ſin vèr, que verguenza es,
que los vecinos, deſpues
que ſupieron que ſe caſa,
le vèn andar al revès.
Ric. Si amor, y zelos tuviera,
qualquier injuſto rigor
fuera, como mal de amor,
y como amor le ſufriera,
zelos con una baxeza,
que el valor de amor infama.
Flor. Donde hay tan hermoſa Dama,
con tanta gracia, y belleza,
una Eſclava os trae perdido?
Ric. Amor no tiene eleccion.

Salen Don Fernando, y Fabio.

Fern. Alguna cauſa, y razon
eſta mudanza ha tenido:
Barbara no tiene ya
la alegrìa que ſolìa;

muy

muy contenta me ſervìa,
triſte por extremo eſtà.
Fab. Como Don Juan mi ſeñor
ha venido, y has moſtrado
en regalarle cuidado,
y à Barbara poco amor,
eſtarà con ſentimiento.
Fern. Una Eſclava ha de querer
ſer como hijo, y tener
el miſmo merecimiento?
Fab. Culpa al principio tuviſte,
como à hija la trataſte,
y como el amor mudaſte,
no te eſpantes que ande triſte;
ſino es que aquel gentil-hombre,
que nunca dexa eſta puerta,
algo con ella concierta.
Fern. Con bien diferente nombre
me la vendiò el Capitan.
Fab. Pues ſino es eſto, ſeñor,
ſeràn zelos del amor,
que le mueſtras à Don Juan.
Fern. Es aquel el Cavallero
que dices? *Fab.* El miſmo es.
Ric. Con lo que vereis deſpues,
remediar mi pena eſpero,
que ſin alguna invencion,
es impoſsible mover
el pecho de una muger.
Flor. Siempre mas faciles ſon
con ſus iguales, mas fuera
mejor comprarla. *Ric.* Eſſe intento
fuera loco penſamiento;
por un millon no la diera:
pienſo que repara en mì.
Flor. Vamos, que os eſtà mirando.
Vanſe Florencio, y Ricardo.
Fern. Pues ſi la Eſclava inquietando
anda, Fabio, por aqui,
ſabrè yo darle à entender,
què reſpeto ha de guardar
à mi caſa. *Fab.* Codiciar
la gracia de eſta muger,
no te eſpante, que es hermoſa,
y ſu limpieza, y aſſeo
ſolicitan el deſeo
de la juventud ocioſa.
Todos ſe prometeràn
facilidad en baxeza,
y no sè que hay aſpereza.
Fern. Mucho ſe tarda Don Juan.
Fab. La caza, ſeñor, divierte.
Fern. Deſde que oy amaneciò
eſtà en el campo, aunque yo
lo tengo por buena ſuerte;
pues con eſſo entretenido,
pienſo que ſe le ha olvidado
el caſamiento tratado.
Fab. Todo lo ha pueſto en olvido.
Sale Don Juan, veſtido de campo.
Juan. Mira, Fabio, eſſe cavallo,
que Pedro ſe queda atràs:
O mi ſeñor! aqui eſtàs?
gracias à Dios, que te hallo
con la ſalud que deſeo.
Fern. Seas, Don Juan, bien venido:
còmo en el campo te ha ido?
que ha un ſiglo que no te veo.
Juan. Buelvo à beſarte la mano
por tal favor; pero quiero
contarte:: *Fern.* Eſſo no, primero
deſcanſa. *Juan.* Eſcucha.
Fern. Es en vano;
tiempo queda en que podràs:
ola. *Sale Elena.*
Elena. Señor. *Fern.* Llega alli,
deſcalza à Don Juan. *Juan.* A mì?
Fern. Pues es mas que los demàs?
ſientate. *Juan.* Pedro, ſeñor,
vendrà ya. *Fern.* Què novedad
es aqueſta? *Juan.* Ea, pues, llegad.
Fern. Vèn luego à comer. *Vaſe.*
Juan. Què error
de mi buena dicha ha ſido
el no haverte conocido:
Angel, la mano tened.
Elena. Deme el pie vueſſa merced.
Juan. Miro ſi mi padre es ido,
para darte mil abrazos.
Elena. Deme el pie, buelvo à decir.
Juan. Ya no es tiempo de reñir,
ſino de daſme los brazos.
Elena. Antes los harè pedazos.
Juan. Pues bolverème à enojar,
que no te penſaba hablar,
por los zelos que me has dado,
que bien ſabes que has hablado
con quien me los puede dar:

de

de verte me enternecì,
y te he perdonado ya.
Elena. Tarde pienſo que hallarà
vueſſa merced para mì
ſatisfaccion; aunque aqui,
como cera ſe regale
al Sol, pueſto que ſe vale
de la invencion que propone;
porque no hay que me perdone,
y del propoſito ſale;
que Ricardo me hable à mì,
quando por la puerta paſſa,
què importa, ſi èl en ſu caſa
habla à Serafina aſsi?
Juan. Es fuerza. *Elena.* Es amor.
Juan. Yo? *Elena.* El, ſi,
que hablarme un hombre ſaliendo
à algun recado, ò bolviendo
à caſa, no eſta en mi mano;
mas vueſſa merced en vano
ſe diſculpa, conociendo
el peſar que me hace à mì.
Juan. Con tantas vueſſas mercedes,
mira que matarme puedes,
dueño de mi alma, aſsi,
que deſde que te la dì
aborrecì quanto amaba.
Elena. Dueño yo, ſiendo ſu Eſclava
de vueſſa merced? *Juan.* Ya es eſſo
traicion, malicia, y excæſſo,
amor no, condicion brava;
ya eſtoy rendido, què quieres?
por Dios, que de tù me nombres;
què tiernos ſomos los hombres!
què fuertes ſois las mugeres!
Elena. Tù dices que tierno eres?
ſiempre havemos de buſcar?
Juan. Siempre havemos de rogar?
Quien no ſe dexa morir,
para no llegar à oìr
tu termino de matar!
Ay ſi en el campo me vieras
de pechos ſobre una fuente,
aumentando ſu corriente
con lagrimas verd deras!
Elena. Por Serafina? *Juan.* Ay locura
tan grande! que ſi procura
ſu olvido matarme aſsi,
yo quiero imitar de tì
la miſma deſcompoſtura.
Señor, eſta es Doña Elena,
con quien pretendì caſarme;
vèn à matarme. *Elena.* A matarme
vendrà primero tu pena.
Juan. Dexame. *Elena.* La lengua enfrena,
loco de mis ojos. *Juan.* Què?
Elena. De mis ojos dixe? errè.
Juan. Ya lo dixiſte, ya eres
mi dueño. *Elena.* Si, pues quieres
que yo te quiera ſin fè.

Sale Pedro de caza.

Pedro. Gracias al Cielo, que os veo
en paz. *Juan.* Còmo te has tardado?
Pedro. El paxaro lo ha cauſado,
que es algun demonio creo.
Què haya quien cace en el mundo!
que vaya ſiguiendo, en fin,
un hombre con un rocin,
que le deſpeñe al profundo,
aves que andan por el viento?
Solo hallo diſculpados
los naypes, porque ſentados
es dulce entretenimiento.
Quien puede en trucos ſufrir
dos torneadores crueles,
y una meſa ſin manteles,
con dos varas de medir,
que parecen las caſitas
de corral de vecindad,
con mucha curioſidad
tirandoſe las bolitas?
Cuerpo de tal con la flema;
pues otros que juegan ſolos
toda una tarde à los bolos,
quebrantandoſe por tema,
de que ſalen derrengados
por enderezar la bola,
y otros, que con ella ſola
tiran por ſendas, y prados.
Con los mallos, ò los mazos,
ſi es exercicio, y no vicio,
la eſgrima es lindo exercicio,
para hacer fuertes los brazos;
que no exercitar la eſpada,
es cauſa que en la ocaſion
falte el aliento; eſtas ſon
para juventud honrada.
Las cazas, y paxarotes,

allà

allà ſon para los Reyes,
que tienen libros, y leyes,
porque con dos matalotes,
y un neblì tuerto de un ojo,
quien diablos ſale à cazar?
Juan. Vete, Pedro, à deſcanſar,
que vienes con mucho enojo;
y vos, mi bien, ya quedais
en paz conmigo. *Elena.* Primero
quiero que jures::- *Juan.* Yo quiero;
juro que vos me mateis.
Elena. De no vèr al Serafin,
que pienſa que has de ſer ſuyo.
Juan. Eſſo juro, y de ſer tuyo.
Elena. Y el Serafin? *Juan.* Serafin
en mi vida le verè,
ſino à tì, que lo eres mia.
Pedro. Què gloſſa hacerſe podia!
Elena. Còmo? *Pedro.* Eſcucha.
Elena. Di. *Pedro.* Dirè.
Es el tì diminutivo
del tù, y es hijo del mì,
porque ſe regala aſsi
con el acento mas vivo,
que el tù es baxo, y el tiple es mì;
tù manda, tù deſafia,
tù es trompeta, tù es cochero,
tì es clarin, tì es chirimia,
y por eſſo al tù no quiero,
ſino à tì, que lo eres mia.
Juan. Tal te dè Dios la ſalud.
Elena. Tu padre llama, y no entienda
que hablamos.
Juan. A Dios, mi prenda.
Elena. A Dios.
Juan. Què dulce inquietud! *Vanſe los dos.*
Elena. Què poco ſabe ſufrir
una locura de amor!
pero quien tendrà valor
para dexarſe morir?
ò no ſe havia de oir,
ò no no amar, que no hay porfia
de zeloſa fantasìa,
que eſtandoſe defendiendo,
dure ſin rendirſe, oyendo:
ſino à tì, que lo eres mia.
Zelos, ſi eſtais ſatisfechos,
què quereis? dexadme aqui;
y pues que ya me rendì,
ya debeis de eſtàr deshechos.
Si mas daños, que provechos,
reſultan de mi porfia,
crueldad matarme ſerìa;
no tires flechas al aire,
que dixo con gran donaire:
ſino à tì, que lo eres mia.
Sale Finèa. Barbara, es tiempo de verte?
Elena. Què quieres, Finèa amiga?
deſpues que el ſeñor Don Juan
vive en caſa, no hay quien viva,
porque con la ocupacion
de balonas, y camiſas,
ni yo sè quando es de noche,
ni menos quando es de dia.
Finèa. Què trabajos! *Elena.* Còmo eſtà
tu ſeñora Serafina?
Finèa. Dala al diablo, que ſe ha hecho
un Tigre, una Sierpe Libia;
mejor fuera ya llamarla
Demonia, que Serafina;
que como eſtà enamorada,
no hay quien la ſufra, ni ſirva:
todo es mirarſe al eſpejo,
todo es joyas, y ſortijas,
endemoniarſe, ò enmoñarſe;
ya ſe toca, ya ſe enriza:
todo es mirar ſi la vè,
y todo vèr ſi la mira,
todo acechar por las rejas,
que eſtàn ya las celosìas
canſadas de darla calle.
Elena. Hacele muchas viſitas
mi amo? *Finèa.* Siempre eſtà allà.
Elena. Siempre?
Finèa. Es lindo rompe ſillas;
al cinco de oros parecen
los dos, que ſiempre ſe miran,
èl, enſillado, y mi ama,
como potro de Sevilla,
enſillada, y enfrenada.
Elena. Quierenſe mucho? *Finèa.* Suſpiran
como borricos en prado.
Elena. Caſaràn ſe? *Finèa.* Eſſo porfian.
Elena. A què venìas? *Finèa.* A darle
eſte papel de mentiras:
y à fè, que tiene un ſecreto.
Elena. Què ſecreto, por tu vida?
Finèa. Barbara, no lo preguntes,

no es posible que lo diga.
Elena. Essa es la amistad?
Finèa. Perdona.
Elena. Y si jurasse? *Finèa.* Aun podria
ser que lo dixesse. *Elena.* Yo
soy tu verdadera amiga;
dame el papel, que Don Juan
vino de caza, que el dia
le hallò en el campo, y descansa;
que el secreto, pues porfias,
yo no lo quiero saber.
Finèa. Sino juraste. *Elena.* Si obliga
el juramento, yo juro
que nunca buelva à las Indias,
que es lo que yo mas deseo
desde que vine de Lima,
si revelàre el secreto.
Finèa. Pues sabe, que una vecina::-
oyenos alguien? *Elena.* No hay nadie.
Finèa. Que es una sabia Felicia,
ha perfumado el papel
con veinte borracherias,
para que Don Juan se case;
dasele, y no se lo digas,
assi Dios nos libre à entrambas.
Elena. Del secreto que me fias,
harè escritorio en el alma.
Finèa. Pues à Dios, que voy de prisa
à vèr aquel Pagecillo,
que me viste el otro dia
hablar junto à cal de Francos. *Vase.*
Elena. Què poco duran las dichas!
tornasol parece el bien,
que à qualquier parte la vista,
conforme la luz que toma,
halla la color distinta.
Ay Dios! por què perseverо
en tal vida? en tal porfia?
por què aguardo desengaños,
donde tantos me la quitan?
Quando en mejor ocasion
à Triana me bolvia,
por què me tuviste, Amor,
con lagrimas, y mentiras?
Què muger fui tan mudable!
pues no ha una hora que decia
Don Juan, con alma traidora,
que era yo su alma, y su vida.
Ojalà fuera yo, que el mismo dia
yo me matàra, si lo fuera mia.
Salen Don Juan, y Pedro.
Juan. No es posible sossegar.
Pedro. No es mucho, teniendo amor;
mas el desdèn, y el favor,
y todo, en fin, es perder
el sesso por disparates.
Juan. Elena mia? *Elena.* No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez, como hasta aqui.
Yo no digo que me irè,
sino que aqui me estarè,
à vèr lo que haces de mì.
Yo quiero aguardar à vèr
tu casamiento, y te ruego,
porque importa à mi sossiego,
que oy sea, si puede ser,
ò por lo menos, mañana;
que con dexarte casado,
irè, Don Juan, sin cuidado,
y muy contenta, à Triana.
Alli mi primo, y mi tio,
sino han venido, vendràn:
poco me debes, Don Juan,
pues solo passar el Rio
por essa puente me debes
con este hierro fingido,
por quien vendida he sufrido
penas, y trabajos breves;
que no fui à Lima por tì,
ni por bastos Orizontes,
passè mares, subì montes,
ni hacienda, ni honor perdì.
Buelvo con manos, y pies;
què hay perdido? *Juan.* Què es aquesto;
Pedro amigo? *Pedro.* Es agua en cesto,
humo, espuma, y viento es,
es un puñado de arena,
es quando el Austro se mueve,
Cielo que hace Sol, y llueve,
y es Luna menguante, y llena:
desde lo de la costilla,
no tienen segura espalda;
qual eres para Giralda
de la Torre de Sevilla!
Juan. Ay tan estraña mudanza!
aun no aguardàras un hora
para mudarte, señora?
Elena. Ay de mì, loca esperanza!

Juan. Mi bien, yo ſalì de aqui,
y de tus brazos tambien;
quien te ha mudado, mi bien,
en quanto de aqui ſalì?
Elena. Menos mi bien, que no eſtoy
para ſer ſu bien, y advierta,
que es eſta verdad tan cierta,
que el teſtigo no le doy
en eſte papel tan tierno, *Daſelo.*
como de aquel ſu cuidado;
porque viene perfumado
con paſtillas del Infierno.
Aqui le traxo la Eſclava
del Serafin que viſita;
pues eſtà la retroeſcrita,
para què me lo negaba?
Porque ſe ha de enamorar
con èl, no le ha de leer,
ni yo para no lo ſer
de quien quiſiera matar
con las manos, y los dientes.
Juan. Elena, ſi aora vengo
del campo, què culpa tengo
de eſſos locos accidentes?
tener zelos con razon,
no es mucho; pero ſin ella,
quien lo quiſiere, atropella
con tal determinacion.
Elena. Dice eſte ſeñor muy bien,
y Pedro dirà, que es juſto
que no ſe le dè diſguſto,
y yo lo dirè tambien:
no es verdad, Pedro? *Pedro.* Señora,
no apruebo eſſa manſedumbre,
que callar con peſadumbre,
arguye intencion traidora:
Què importa, que Serafina
haya eſcrito eſſe papel?
Elena. Ser moreno, y moſcatèl,
es un Flamenco en la China;
pero por què es neceſſario
que la hiſtoria ſe declare?
lo que de aqui reſultàre
ſabrà para otro ordinario.
Y ſolo por culpa mia,
le digo, à mas no poder,
que mal haya la muger,
que de palabras ſe fia.
Pedro. Eſpera un poco.
Elena. No hay poco,
ſino mucha rabia, y pena. *Vaſe.*
Juan. Yo pienſo, Pedro, que Elena
pretende bolverme loco.
Pedro. No te eſpantes, ſi à ſus manos
llegò eſte negro papel,
ya no blanco, pues lo es èl
de zelos tan inhumanos:
declarate, que es morir
andar templando el humor
de eſte jumento de amor.
Salen Ricardo, y Florencio.
Ric. Eſto le vengo à decir.
Flor. Quedo, que eſtà aqui Don Juan.
Ric. A vueſtro padre buſcaba.
Juan. Què es, ſeñor, lo que mandais?
que preſumo que deſcanſa.
Ric. Señor Don Juan, he penſado
que notan en eſta caſa,
que hablè à eſta Eſclava vueſtra,
porque la malicia humana
ſiempre pienſa lo peor,
y que con eſto ſe canſa
de mì el ſeñor Don Fernando;
y es, que ſi con ella hablaba,
era para reducirla
por bien, ò por amenazas,
que ante la Juſticia diga
los dias que ha que me falta;
porque un dia me la hurtò
un Soldado, que engañada
con caſamiento, y amores,
la embarcò, y la traxo à Eſpaña.
Ella, porque acaſo os mira,
niega, mas no importa nada,
que la verdad ſiempre vence.
Juan. Y muchas veces ſe engañan
los ojos, y puede ſer
que ſe parezca eſta Eſclava
à la que os llevò el Soldado.
Ric. El nombre, el roſtro, y la habla
la ha de tener ſin ſer ella?
Yo bien pudiera ſacarla,
como lo harè, ſin dinero,
probando que es prenda hurtada;
pero por eſtàr aqui,
y reſpetar vueſtra caſa,
darè el precio que coſtò.
Juan. Vueſſa merced, ſu probanza
haga

haga por allà, y no crea,
que toda la plata Indiana
ſerà de Barbara precio;
y en eſto pocas palabras,
porque ſiento que me burlen.
Ric. Todo lo que aqui ſe trata
es tan de veras, que preſto
os lo dirà la probanza,
remitiendo à la Juſticia,
lo que no es juſto à la eſpada. *Vanſe.*
Pedro. Hay ſemejante maldad!
Juan. Mi paciencia ha ſido tanta,
porque he penſado, y es juſto,
que como los años paſſan,
penſarà eſte Cavallero,
que eſta es Barbara ſu Eſclava,
por el nombre, y por ſi acaſo
tendrà alguna ſemejanza
con la que en Indias tenia.
Pedro. Eſſa havrà ſido la cauſa
de hablarla, y de darte zelos.
Juan. Confieſſo que me los daba,
como Serafina à Elena:
mas, dime, què harè? *Pedro.* Quitarla
eſte necio penſamiento
de que con ella te caſas.
Juan. Còmo? *Pedro.* Hablando, regalando,
y jurando, que ſi hablas,
juras, y regalas, no es
Mar, monte, ni Tigre Hircana,
ſino muger tierna, y ſola,
que oye, mira, entiende, y ama.
Juan. Què deſdichados amores!
quando eſto en Grecia paſsàra,
no era mucho; pero es mucho
entre Sevilla, y Triana:
temo ſu honor, y ſu vida.

Sale Fabio.

Fab. Si albricias, ſeñor, me mandas,
ſabràs las mejores nuevas,
que puede eſperar tu caſa.
Juan. Yo te las mando. *Fab.* Han de ſer
las que de tu mano aguardan
mi ſervicio, y mi deſeo.
Juan. Dì preſto. *Fab.* Vino la plata:
pudo ſer mas preſto? *Juan.* No:
hay cartas? *Fab.* Traxo la carta
Leonardo, y por las albricias,
à Serafina ſu hermana
tu padre un diamante embia,
y allà no sè què ſe tratan
los dos. *Juan.* Quien llevò el diamante?
Fab. Barbara. *Pedro.* De toda Eſpaña
ſerà eſta plata el remedio;
ſuplirà, ſeñor, las faltas
de las paſſadas fortunas.
Fab. Las albricias que me mandas,
no te han de coſtar dinero.
Juan. Què quieres? *Fab.* Solo que vayas,
y le pidas à ſeñor:-
Juan. Dì lo demàs, què te pàras?
Fab. Que con Barbara me caſe,
porque es India, aunque Eſclava,
de gente muy principal.
Juan. Pedro, ſolo eſto faltaba.
Pedro. Si quiere lo que tù quieres,
milagros ſon de ſu cara.
Juan. Hasla hablado? *Fab.* Ayer la hablè,
y ſe puſo como un nacar.
Juan. Aora bien, à hablarla voy.
Fab. Vivas mas, por merced tanta,
que un vando en Ciudad pequeña.
Juan. Oy ſe juntan mis deſgracias:
què havrà que no me perſiga! *Vaſe.*
Pedro. Brava muger, Fabio. *Fab.* Brava.
Pedro. Tuya pienſo que ſerà,
aunque el caſamiento amanſa. *Vanſe.*

Salen Elena, Serafina, y Finèa.

Seraf. Aquella ropa, Finèa,
à Barbara la daràs,
y à ſu ſeñor le dirás,
que el rico diamante emplea
en ſola mi voluntad.
Elena. Y en vueſtro merecimiento,
que aun le juzgo atrevimiento,
ſi valiera una Ciudad.
Seraf. Ya, Barbara, no me vès?
ſoliamos ſer amigas.
Elena. Ay ſeñora! no lo digas
por tu vida, que deſpues,
que vino à caſa Don Juan
mi ſeñor, no tengo un punto
de deſcanſo, porque junto
todo el trabajo me dàn.
Pienſas que la hacienda es poca?
todo es labar, jabonar,
y almidonar: no hay lugar
para ponerme una toca.

Seraf. Pues no te ſe echa de vèr:
embidia tengo à tu aſſeo.
Elena. Antes ſi os veis, como os veo,
de vos la podeis tener,
que ſi ya por èl no fuera,
veros fuera mi placer;
pero còmo os puedo vèr,
ſi nunca veros quiſiera?
Seraf. Eſſo que te canſa à tì,
tuviera yo por regalo.
Elena. Pues es para mì tan malo,
que vivo fuera de mì.
Seraf. Yo como quiero à Don Juan,
ſolo ſervirle deſeo.
Elena. Yo tambien, mas ſiempre veo,
que peſadumbres me dàn.
Seraf. Pocas tendràs, que ya eſtà
mi caſamiento tratado;
porque ſe ha deſengañado
Don Fernando de que ya
es impoſsible bolver
al avito que ſolia.
Elena. Deſeando eſtoy el dia,
que Don Juan tenga muger,
para pedir libertad.
Seraf. Tù la tendràs ſi yo puedo.
Elena. Si vos os caſais, ya quedo
libre: ay ſi fueſſe verdad!
Seraf. Ruegalo, Barbara, à Dios,
que aunque yo no lo merezca,
ſiempre que ocaſion ſe ofrezca
de que eſteis juntos los dos,
dile alabanzas de mì.
Elena. Y còmo que las dirè?
Seraf. Un veſtido te darè.
Elena. Como eſſo eſpero de tì.
Seraf. Enamorale, que puede
mucho una buena tercera.
Elena. Pueſto que no lo eſtuviera,
tengo de hacer lo que quede.
Seraf. Pues abrazame, y à Dios.
Elena. El os guarde, reyna mia. *Abrazala.*
Seraf. Ay! llegue, Barbara, el dia,
que eſtemos aſsi los dos. *Vanſe.*
Elena. Cansòſe la fortuna en perſeguirme,
que ya no tiene mayor mal q̃ hacerme:
què necia he ſido yo, por muger firme!
què puedo ya perder, ſino perderme?
Vamos adonde ſalga à recibirme
aquel traidor, que acaba de venderme,
que fundado en el guſto de engañarme,
por matarme, no acaba de matarme.
Entrando voy por eſta caſa aora,
como quien ſube paſſos à la muerte,
y apenas tiene ya de vida un hora,
y en eſſa voy, dulce enemigo, à verte.
Eſte hierro de amor, que el amor dora,
eſta crueldad de mi fineza advierte,
eſte ſerà blaſon para mi nombre, (bre.
q̃ ha de informar la ingratitud de un hõ-

Salen Don Juan, y Pedro.

Juan. Mueſtra eſſe eſpejo.
Pedro. A què efecto,
ſi eſtà aqui Elena, ſeñor?
Juan. Con la tapa del rigor
no ſerà el criſtal perfecto.
Pedro. Criados hay por aqui,
mirad los dos como hablais,
que zeloſos no mirais
en que os miren. *Juan.* Es aſsi:
llega, y ponme la balona.
Elena. No quiero.
Juan. Què buena Eſclava!
Elena. Quando lo fuera, no eſtaba
obligada mi perſona
à llegaros à la cara;
eſſo es de propia muger:
llamad la que lo ha de ſer,
que à mì me cueſta muy cara.
Juan. Huelgome de que lo niegues,
pues quedo, como es razon,
libre de la obligacion.
Elena. Que la eſcritura me entregues
aguardo. *Juan.* Qual eſcritura?
Elena. Eſſa de tu caſamiento,
porque es el apartamiento,
que mi libertad procura.
Juan. No ſino la que Ricardo
dice que tiene de tì.
Elena. Què Ricardo? *Juan.* Vino aqui
eſſe tu amante gallardo,
y dice que eres ſu Eſclava,
y que un Soldado te hurtò;
eſto bien lo entiendo yo.
Elena. Pues no, ſi tan claro eſtaba?
Juan. Y còmo, ſi es invencion,
que entre los dos ſe ha tratado,
para irte, ſin cuidado

de

de mi padre, y tu opinion?
Elena. Quando yo me quiera ir,
adonde me han de buscar?
Juan. Pues yo me quiero vengar,
que sè amar, y no fingir:
llega, llega. *Elena.* Si llegàra,
si en cada mano tuviera
cinco puñales. *Pedro.* Hiciera
rallo tu cara. *Juan.* Repara
en la crueldad con qne vienes.
Elena. Què importa que te quitàra
la cara, pues te dexàra
una de las dos que tienes?
Pedro. Esta amistad quiero hacer.
Elena. Con este principio. *Dale.*
Pedro. Dìome.
Elena. Esso el alcahuete tome,
mientras que le buelvo à vèr.
Sale Don Fernando.
Fern. Què es esto, Barbara? *Elena.* Ha dado
Pedro en requebrarme.
Fern. Ha hecho
muy bien. *Pedro.* Estoyme burlando.
Elena. Conmigo se burla el necio?
Fern. Don Juan, pues ya estàs vestido,
esta mañana vinieron
Leonardo, y el Escrivano;
entra, por tu vida, adentro,
firmaremos la escritura,
que los suyos, y mis deudos
han ido por Serafina
tu muger; porque sabiendo,
que fue por quien has dexado
aquel intento primero,
como ella misma me ha dicho,
y que siendo tu deseo,
no tuve que preguntarte,
hicimos nuestro concierto,
con el secreto que es justo;
en fin, te casas sin suegro,
y con veinte mil ducados.
Juan. Aora, señor, tan presto?
miremoslo mas de espacio.
Fern. Por Dios, D. Juan, que no entiendo
tu condicion; ni casado,
ni Clerigo? *Juan.* Yo no puedo
dexar de ser obediente;
pero digo, que pensemos
si acertamos, mas de espacio.
Fern. Si acertamos, majadero?
mereceis vos descalzar
à Serafina? què es esto?
dexais cinco mil ducados
por ella, y aora, necio,
quereis quitarme el juicio?
entrad dentro. *Juan.* Voy: ay Pedro!
quedate aqui con Elena. *Vase.*
Pedro. Hablando de Elena quedo.
Fern. Ea, Barbara, esta casa
me poned como un espejo,
aderezad esse estrado;
tristeza? pues què tenemos?
què cara es essa? no hablais?
Dias ha, perra, que os veo
muy triste, y muy entonada:
Vos pensais, que no os entiendo?
erades ya la señora,
y con este casamiento
os pesa que Serafina
à esta casa venga à serlo,
que desde que se tratò
andais, que es verguenza veros.
Estabades enseñada
à hombre solo, pues poneos
de lado, que tengo nuera,
que ha de tener el govierno,
y las llaves de mi casa:
què te parece à tì, Pedro,
de esta Esclava? *Pedro.* Señor,
tiene poco entendimiento:
la mejor, quando se emperra,
tiene estos reveses. *Fern.* Creo,
que la havremos de vender. *Vase.*
Elena. Adonde havrà sufrimiento
para tan grandes fortunas?
ya no me bastaba, Cielos,
perder honra, y opinion,
sino passar por desprecios
de Esclava, como si fuera
verdad que lo soy! mas pienso
que siempre lo fui, y el hombre
que me ha perdido, es mi dueño:
Pedro, sabes tù quien soy?
Pedro. Què dices? *Elena.* En algun sueño,
pensè que era de Triana
una muger que traxeron
de Mexico alli sus padres:
su nombre, si bien me acuerdo,

era

era Doña Elena. *Pedro.* Mira
que eſte triſte penſamiento
te buelve loca; no eres
Eſclava, que amor te ha hecho
herrar el roſtro. *Elena.* Es verdad:
ſi, bien dices, amor tengo;
pero ſin duda ſoy yo;
ſabeslo, Pedro, de cierto?
Pedro. Pues no? y como que lo sè;
y que el hierro que te has pueſto,
te agradece mi ſeñor,
porque han mentido los zelos,
ſi te dicen que pretende
eſſe injuſto caſamiento
de Serafina. *Elena.* Ha traidor,
fementido, infame, perro;
yo te quitarè la vida,
que como fuiſte el tercero
de ſus amores, me engañas.
Pedro. Señora, embayna los dedos,
que me has deshecho la cara:
que ſe le antoge el peſcuezo
à una preñada, eſtà bien
muerda, pero no con zelos.
Salen Leonardo, Serafina, y Finèa.
Leon. Si havrà venido el Notario?
Finèa. Aqui eſtàn Barbara, y Pedro.
Seraf. Pero donde eſtà Don Juan?
Pedro. Pienſo que eſtàn allà dentro,
èl, ſu padre, y el Notario.
Seraf. Barbara, no me hablas? *Elena.* Vengo
à aderezar los eſtrados,
y componer los aſsientos
para los Jueces, que oy
han de ſentenciar mi pleyto.
Salen Don Juan, Don Fernando, y el Notario.
Not. Solo reſta que firmeis,
pues ya vino eſta ſeñora.
Fern. Mi Serafina, en buen hora
eſta vueſtra caſa honreis.
Elena. Que pueda yo eſtàr aqui!
què perdon del Rey eſpero,
ſi llega el cordèl primero?
Seraf. Señor, oy teneis en mì
una Eſclava en vueſtra caſa.
Elena. Pues ſi ya Eſclava teneis,
para què à mì me quereis?
Pedro. Calla, haſta vèr lo que paſſa.
Elena. Còmo puedo yo callar?
Pedro. Tù lo has de echar à perder.
Elena. Pues què me falta que hacer,
ſino dexarlos caſar?
Fern. Pedro, què dice eſſa Eſclava?
Pedro. No sè què paſsion la diò
de unos berros que cenò,
ſi acaſo en ellos eſtaba,
qual ſuele, algun amapelo.
Fern. Pues calle, ò llevala allà.
Not. Sabed, ſeñores, que eſtà
la execucion, quiera el Cielo,
hecho por eſta eſcritura,
concierto de voluntad
de entrambos. *Elena.* Ay tal maldad!
Pedro. Calla, ſufre, tèn cordura;
no vès que la eſtàn leyendo,
y que la quieren firmar?
Elena. Què me queda que eſperar,
Pedro, ſi me eſtoy muriendo?
Pedro. Deſde una rexa miraba
un Canonigo en Toledo
una mula, que ſin miedo
de una peña en otra daba
para deſpeñarſe al Rio;
dabanſe priſa al ſalir,
y èl, ſin ceſſar de reir,
daba en aquel deſvarìo
haſta verla deſpeñar;
pero viendo como un rayo
ir tras ella ſu Lacayo,
bolviò el placer en peſar,
ſabiendo que era la ſuya;
y pueſto, Elena, que ſea
comparacion baxa, y fea
para la deſgracia tuya,
parece que eſtà Don Juan
viendote andar por las peñas,
y que ha viſto por las ſeñas,
que ya mis ojos le dàn,
aunque el dolor diſsimula,
para dar voces diſpueſto,
ſeñores, acudan preſto,
que ſe deſpeña mi mula.
Elena. Pues ya me ha deſconocido,
èl me dexarà caer.
Pedro. Ya acabaron de leer.
Elena. Yo he de perder el ſentido.
Not. Con eſte podeis firmar.
Quitale la eſcritura Elena, y la rompe.

Elena.

Elena. Mas yo firmarè por èl,
que con raſgar el papel,
me acabo de deſpeñar.
Fern. Suelta la eſcritura, loca.
Elena. Pues ſuelteme èl à mì,
por quien el ſeſſo perdì.
Fern. A què dolor me provoca!
Juan. Temblando eſtoy! ſi dirè *ap.*
quien es? *Not.* Toda la rompiò.
Fern. Llevadla de aqui. *Elena.* Si yo
ſoy loca, la culpa fue
eſſe traidor, que me ha dado
la cauſa por que lo eſtoy.
Sale Fabio. Eſperad, que à decir voy,
ſeñores, que haveis entrado.
Fern. Què es eſſo, Fabio?
Fab. Aqui eſtàn,
ſeñor, con un mandamiento,
para que ſe depoſite
eſta Eſclava. *Fern.* Entre ſu dueño,
ſin los que vienen con èl,
que eſte no es dia de pleytos,
y es mucha deſcortesìa.
Salen Ricardo, y Florencio.
Ric. Yo vine aqui, no ſabiendo
eſta ocupacion, ſeñores,
y que perdoneis os ruego,
que yo bolverè otro dia.
Elena. Para què, ſi deſde luego
digo, que mi dueño ſois,
y que como à tal os quiero?
Ea, vamonos de aqui,
que quanto decis confieſſo;
que ſi negaba ſer vueſtra,
fue la cauſa el amor ciego
que en eſta caſa tenia,
pero ya conozco el vueſtro:
ea, què hacemos aqui?
Ric. Pues para que no entren dentro
los que han venido conmigo,
guardando el juſto reſpeto,
dadme, ſeñores, licencia,
para que, como ſu dueño,
lleve eſta Eſclava à mi caſa.
Juan. No pienſo yo, Cavallero,
que baſta para llevarla,
que ella, con el mucho exceſſo
de la locura en que ha dado,
diga que es vueſtra. *Fern.* Sin eſto,
ſon quatrocientos eſcudos
los que han de venir primero
que la ſaquen de eſta caſa.
Ric. Si me la hurtaron, no tengo
obligacion de pagarla:
peſame de haveros pueſto
demanda en eſta ocaſion;
pero eſto tiene remedio,
depoſitandola en tanto
que averiguamos el pleyto.
Juan. Què depoſito mejor
ſe le puede dar, que el nueſtro?
Ric. Eſſo no, mas por los dos
la tendrà el ſeñor Florencio.
Elena. Para què, ſi yo ſoy vueſtra,
y lo digo, y lo confieſſo?
Si en el dinero conſiſte,
vengan à contarlo luego;
porque de la miſma ſuerte
alli en eſcudos lo tengo,
como lo diò Don Fernando.
Juan. Dexadmela hablar primero:
oye aparte. *Elena.* Què me quieres?
Juan. Elena, aunque eſtàs ſin ſeſſo,
no igualas à mi locura;
porque entre tantos extremos
de confuſion divertido,
ſolo en penſar me detengo,
como, guardando tu honor,
podemos hallar un medio,
para que lleguen al fin
tu eſperanza, y mi deſeo.
Elena. O què gracioſo Letrado!
preguntadle el cuento à Pedro
del Canonigo, y ſu mula,
que eſtais muy de eſpacio, viendo
que voy al profundo pico
de la ingratitud que veo
en vueſtra crueldad, Don Juan,
de peña en peña cayendo:
Ea, vamonos de aqui;
Ricardo ha de ſer mi dueño,
yo le darè poſſeſsion
de mi alma, y de mi pecho.
Y tù, perro fementido,
quedaràs trocando el hierro,
por infamia de los hombres:
cobarde, vil Cavallero,
mal parecido à tu padre,

ſino à quien::- *Juan.* Tente.
Elena. No quiero.
Juan. Tente, luz de aqueſtos ojos,
mi bien, tente. *Fern.* Què es aquello?
ojos, y bien à una Eſclava?
Ric. Vamos, Barbara. *Juan.* Tenèos,
que os engaña el parecerſe
à quien penſais. *Ric.* Lo que pienſo
es, que aquella Eſclava es mia.
Juan. Mirad ſi el engaño es cierto,
pues es mi muger.
Fern. Quien? *Elena.* Yo.
Fern. Muger una Eſclava, perro?
nunca viniera à mi caſa;
llevadla, ſeñor, os ruego,
llevadla, que yo os perdono
los eſcudos. *Elena.* Paſſo, quedo,
que ſoy mejor que Don Juan,
que por agradecimiento
de que dexaſſe por mì,
Dignidad, padres, y deudos,
ſabiendo, que vos airado,
por venganza, ò por deſprecio,
queriades adoptar
por hijo, y por heredero
de vueſtra hacienda, un Eſclavo,
(deſeſperado conſejo!)
hice que un criado mio
me vendieſſe, que eſte hierro
es fingido, como veis, *Quitaſelo.*
pues me le quito tan preſto.
Es Doña Elena mi nombre,
vivo en Triana; no es tiempo
de canſar con relaciones,
diſculpo à eſte Cavallero,
que me tuvo por ſu Eſclava;
y à eſta ſeñora la dexo
à Don Juan, porque es muy juſto;
con que à Triana me buelvo,
contenta de que ya he ſido,
para ſer valiente hecho,
Eſclava de ſu Galàn.
Seraf. La accion que à caſarme tengo,
ſeñora, os doy por hazaña
de tanto valor. *Fern.* Suſpenſo
de lo que mirando eſtoy,
digo, que à Don Juan le ruego
là dè la mano, y los brazos;
porque tan bizarros hechos
merecen premios mayores.
Pedro. Señores, oigan à Pedro.
Juan. Què quieres decir?
Pedro. Que aqui,
Senado iluſtre, y diſcreto,
la Eſclava de ſu Galàn
dà fin; perdonad ſus yerros.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joſeph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde ſe hallarà eſta, y otras de diferentes Titulos. Año 1765.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.38
no.4